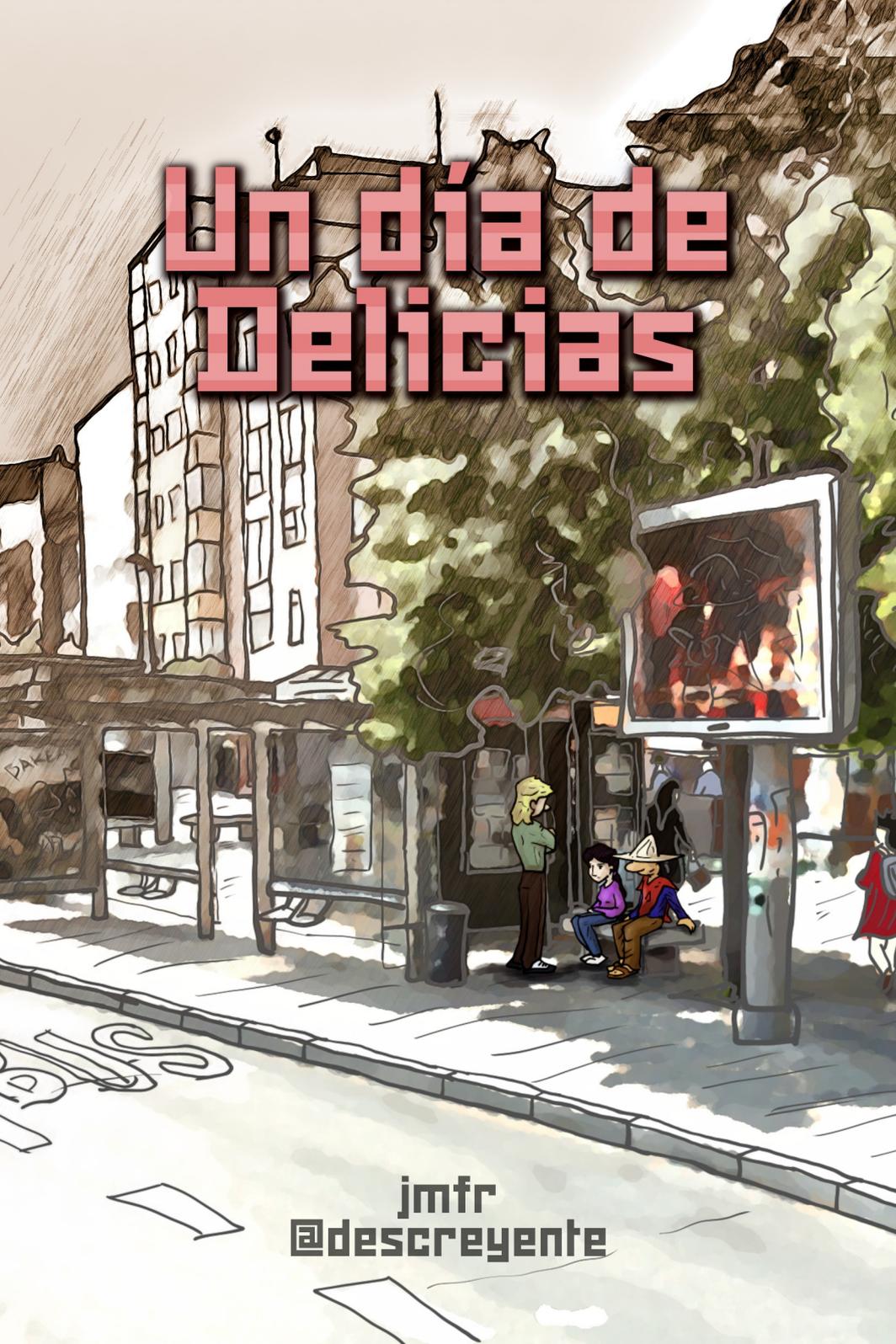


Un día de Delicias



jmfr
@descreyente

UN DÍA DE DELICIAS

UN DÍA DE DELICIAS

© JMFR, 2020

<http://descreyente.deigualaaigual.com/>

@DESCREYENTE

© Cubierta: JOMRA, 2020.

© INTERLINEADO.COM

colección: Proyecto Delicias (n.º 1)

editorial arroba interlineado punto com

Primera edición: octubre 2020

Cesión de Derechos: usted tiene derecho a copiar, distribuir, comunicar públicamente, a transformar esta obra y generar derivadas, tanto con como sin ánimo de lucro, siempre y cuando lo haga usted bajo la misma cesión de derechos que a usted se le otorga.

SUMARIO

INTRODUCCIÓN. UN DÍA EN DELICIAS.....	9
1. PACIENCIA.....	11
2. DESCONEXIÓN.....	21
3. EDITORIAL Y SUEÑO.....	27
4. DENSIDAD.....	33
5. MASCULINOS.....	39
6. EMPRENDER.....	47
7. OTREDAD.....	51
8. JUVENTUD.....	57
9. APUESTAS.....	67
10. EDUCACIÓN NO FORMAL.....	77
11. ÉXITOS Y FRACASOS.....	85

*Para todas las personas que en el barrio
tratan de transformar la realidad,
poniendo a la persona y a la comunidad
en el centro de su mirada.*

*Para Sol, que nos deja después de tanto
tiempo luchando
por el desarrollo comunitario desde el
Centro Cívico Delicias.*

INTRODUCCIÓN. UN DÍA EN DELICIAS

La vida en el barrio más populoso de Valladolid no cabe en unas líneas. Decenas de miles de personas vivimos aquí, residiendo, trabajando, estudiando, paseando, encontrándonos con familiares y amistades, haciendo voluntariado... Entre todas esas personas construimos la vida del barrio, lo mejor y lo peor.

Las presentes palabras pretenden articular un relato más bien costumbrista, pero también propositivo, en el sentido de que, entre la cotidianidad de las acciones de sus personajes -que no existen en la realidad como tales, la inmensa mayoría son mezclas siempre inferiores a las personas originales, por las cuales solo puedo sentir cariño y admiración ante su trabajo y su calidad humana-, refiere algunos procesos o actividades que no han tenido lugar, pero que podrían existir.

He escogido, porque hasta cierto punto lo conozco, el voluntariado y el activismo en el ámbito

de algunas asociaciones socioculturales que desarrollan su trabajo en Delicias, un trabajo cotidiano e ilusionante por la transformación social. Por supuesto, esto solo recoge una parte mínima, realmente pequeña de todas las actividades, los procesos, los proyectos que se llevan a cabo, las dificultades que presenta dentro del desconocimiento y la indiferencia generales. Pretende romper el hielo para que otras personas recojan el testigo y se animen a visibilizar sus experiencias, «válidas y valiosas» -para expresarlo con las palabras de Alejandro Delgado, del que tanto aprendo-.

La Covid-19 ha modificado en el 2020 nuestro modo de actuar y de relacionarnos, pero poco a poco vamos recuperando en parte la labor cotidiana, adaptándola como podemos a las normas de protección individual y social, aunque aún nos afecta en lo más íntimo, nos altera los procesos y nos desconcierta. Pero no nos detiene. Delicias es y debe seguir siendo un barrio vivo, donde las diferencias puedan solventarse mediante el acercamiento y la convivencia; los factores negativos, detectados, combatidos y atenuados; los positivos, potenciados y festejados como los éxitos que son.

Quiero reiterar que todo lo relatado es ficción, no constituye una crónica de un día real, responde a un intento de propuesta literaria sencilla y sin pretensiones; los errores son solo míos.

1. PACIENCIA

Salió de la ducha con una enorme sonrisa de satisfacción. El calor a tope de la estufa se deslizaba por su cuerpo rociado de agua caliente y, en pleno invierno, no sintió frío.

-¡Un día es un día! -exclamó con un regocijo no exento de ironía.

La Rous del espejo mantuvo la sonrisa ante su cuerpo cuarentón, virgen de gimnasios y dietas. Era un placer mirarlo y tocar su desnudez. En medio del subidón abrió la puerta del baño para pasear por el resto de la casa, pero dio un rápido portazo tras ser golpeada por la crueldad de la temperatura exterior.

Se acercó de nuevo a la corriente de aire artificial para recuperar la felicidad perdida, pero el momento había pasado.

Paciencia.

Ya bien seca, se vistió concienzuda y abundantemente mientras sus pensamientos no sobrepasaban la inmediatez. Apagar la estufa, atravesar el diminuto pasillo y encender al mínimo el radiador eléctrico del salón. Sonrió al pensar qué diría el

vecindario si encendiera una hoguera. Lo que le faltaba a su fama de rarita. Saldría en las noticias, seguro, mientras los voxianos más descerebrados la acusaban de pirómana y, de paso, amiga de los extranjeros, porque sí. Hacía tiempo que no se escuchaban este tipo de chascarrillos en el barrio, gente encendiendo hogueras para calentarse o cocinar; últimamente había disminuido la ocupación irregular de viviendas vacías -al ritmo inverso de las ventas de pisos, principalmente por la antigua caja, ahora banco, que había desahuciado a decenas de personas solo en la zona Caamaño-Las Viudas, y ahora vendía los pisos por lotes a precios irrisorios-, y de la gente que alquila no debe decirse que hace hogueras cuando necesita calor.

Pero un buen chascarrillo no tiene por qué desaparecer por desactualizado o anecdótico que sea y, ya se sabe, no somos racistas.

Se desprendió del segundo jersey cuando la estancia se hubo templado. Tras terminarse la manzana y los dos dátiles, comenzó a planificar el día.

Lo bueno de tener trabajo a tiempo muy parcial es que el resto de las horas puedes destinarlas a lo que quieras, siempre y cuando no tengas gustos caros, hipotecas o rentas, retoños o ancestros que mantener, discapacidades que cuidar. Rous vivía momentáneamente sola, en un piso diminuto que en realidad pertenecía a su madre. Trabajaba cuatro mañanas a la semana, cuatro horas cada una, de manera remunerada, en la Casa de Acogida para personas con SIDA. Ayudaba a levantar a las personas residentes, a duchar a quien lo necesitaba, a

dar el desayuno, limpiaba heridas, raspaba callosidades, cortaba uñas, aplicaba cremas y acompañaba en los paseos, tanto si iban en silla de ruedas como si podían caminar con total soltura. También conversaba, y solía encontrar interlocutoras a pesar de las múltiples dolencias y las pocas ganas de la mayoría. En general, era un trabajo satisfactorio –aunque en ocasiones le llevasen los demonios–, que primero había ejercido durante unas prácticas de un curso del ECyL, luego en plan voluntariado junto a Rebe, la profesional que ya se jubiló, y desde hacía poco más de un año, sustituyendo a esta. Así que no se resistía a pensar que lo había elegido de manera voluntaria, por lo que seguía afirmando que también este era tiempo libre.

Hoy no le tocaba subir, pero no por eso permanecería ociosa. Primero, las clases de español para mujeres en Santo Toribio, la parroquia de la calle Hornija, hasta las doce. Luego iría a ASECAL, en el otro extremo del barrio, para conectarse a un ordenador, seguir echando currículos y de paso gestionar las dudas legales que sin duda se habrían acumulado durante la semana; ejercía de asesora desde que terminó la carrera de derecho, en una plataforma virtual donde diversas entidades del llamado tercer sector buscaban consejos para los más disparatados problemas.

Planificada la mañana, recordó que era jueves y llegaría el pan a Azacán, así que cogió cuatro euros para comprarlo al terminar su jornada asesora. También recordó que se le había acabado el arroz integral, así que dejó las monedas y cogió un billete

de diez, por si acaso recordaba más -económicamente mólicas- ausencias.

Llegó a las clases justo a las diez y media; total, la puntualidad era algo que no parecía prioridad de nadie. Mejor dicho, sí, el bueno de Ángel, que año tras año se plantaba temprano para abrir las cinco puertas y encender la calefacción antes de preparar el aula para sus clases. Luego iban apareciendo los acompañantes de español, se quejaban un rato de la falta secular de puntualidad, y comenzaban las sesiones con quienes estuvieran presentes.

Rous se encontró ya en el callejón con Teo, una anciana religiosa que se empeñaba en enseñar a las mujeres a educar a sus niños, pero cuya mayor preocupación, a juzgar por su insistencia y por sus gestos de amargada impotencia, parecía ser que distinguiesen la pronunciación de la vocal «e» de la pronunciación de la vocal «i».

-¡No sabes lo que me pasó ayer! -saludó entre risas mal contenidas tan pronto como vislumbró a Rous-. ¡Lo que me escribieron en la pizarra!

Rous debió poner su sonrisa de abogada defensora con su cliente, porque la otra continuó.

-Les dije que escribieran «botella», ¡y escribieron «putiia»! ¡Casi...! ¿Te lo puedes creer? Cuando les expliqué lo que significaba, estuvieron riendo por lo bajo un buen rato, ¡cómo son!

Rous se lo podía creer, y casi estuvo tentada de hacerle una broma cruel, con su mejor tono serio: «Eso es porque les pediste que escribieran solo

“botella”, no “El tapón de la botella”», pero se con-
tuvo. La palabra «tapón» se parecía bastante al
nombre vulgar de los genitales femeninos en el
árabe que hablaban la mayoría de las mujeres que
iban allí a aprender, y eso hubiera sido sin duda
divertido con cualquier persona, pero sospechaba
que Teo gestionaría todo ese regocijo de una
manera que prefería no imaginar. No se llevaban
mal, pero tenían puntos de vista bastante contradic-
torios acerca de lo que significaba acompañar a
personas vulnerables por el idioma.

Le salvó de la respuesta la llegada de dos
acompañantes más de español, que las saludaron
cordialmente desde que aparecieron por la entrada
del callejón donde se encontraban los locales de la
iglesia. La verdad era que Rous sentía por aquella
pareja una especial ternura, debido fundamental-
mente al cariño, correspondido, que ponían en las
personas a las que acompañaban en el aprendizaje.

-¿Ha llegado alguna? -María sonrió al preguntar.

-Seguro que no, nunca están a tiempo -añadió
Alejandra, también sonriendo.

-La verdad es que todavía no he entrado, no sé
si hay alguien -confesó Rous.

Alejandra se apresuró y al instante se escuchó
su voz alegre, respondida por otra voz.

-¡María, que está Hadija! -llegó la sorpresa
antes de que asomase por la puerta la sonriente
cabeza.

Se apresuraron a entrar para saludar a la mujer
que, inclinada sobre un cochecito mientras tara-
reaba en tono muy suave, se sentaba tras una gran

mesa blanca.

Rous conocía a aquella joven desde hacía un par de años, aunque nunca había estado con ella en el aula; hacía dos meses que la mujer no asistía, pues el embarazo se le había complicado y se encontraba muy fatigada. Les confesó que era la primera vez que salía desde que las gemelas habían nacido, y había sido puntual porque no podría quedarse la hora y media que duraba la clase.

Los siguientes diez minutos se centraron en el afectuoso reencuentro y sobre todo en las bebés, mientras el resto de las mujeres iban llegando, saludándose educadamente una a una, llenando las aulas de carritos, bebés y peques que correteaban.

Fue una mañana tranquila en su aula, apenas cinco mujeres, todas de Marruecos. Puesto que los niveles de lengua eran muy diferentes, a pesar de que se trataba de que fueran lo más similares posible, propuso un par de estructuras léxicas y se dedicaron a conversar acerca del tema que habían decidido para esa semana, mediante varias dinámicas que les hicieron moverse por el aula, aprovechando cualquier oportunidad para echar unas risas y hacer grupo. También representaron, dibujaron y escribieron, las que podían hacerlo, que ayudaron al resto. Si de algo estaba impresionada era de la capacidad que tenían estas mujeres para ayudarse de manera natural en el aprendizaje, hasta el punto de que, cuando ella se aceleraba un poco, incluso las que podían seguir sin problemas las explicaciones le

pedían que parase o hacían labores de traducción.

A las doce y cinco, Rous esperó hasta que Hayat terminó de vestir a su niño después de cambiarle el pañal, y se despidió con dos besos. Pero no esperó más, tenía un poco de prisa y no le apetecía entretenerse con «e/i», aunque le fastidiaba no despedirse de María, Alejandra y Ángel.

Por el camino hacia ASECAL se cruzó de nuevo con Hayat y caminaron un rato juntas por Hornija y Embajadores hasta el primer supermercado, donde la mujer entró con el carrito.

Rous a veces seguía sorprendiéndose de ejercer aquella actividad en el lugar donde lo hacía. Como atea, descreyente y anarquista, y a pesar de vivir apenas a cien metros, nunca hubiera pensado que terminaría colaborando en una iglesia. Pero las cosas habían surgido así, el proyecto «Delicias, un barrio para todos y todas» le había convencido, a pesar de los pesares, y se había decidido al comprobar que la mayoría de la gente que asistía a esa iglesia cristiana profesaba otras convicciones religiosas. Y no era la única atea.

Sin embargo, después de todo aquel tiempo, le daba un poco de miedo que estuviera automatizando ciertas actitudes y emociones. Detenida ante el semáforo de General Shelly, comenzó a pensar sobre la clase que acababa de coordinar, y la diferencia con la primera, cuatro años atrás. Ahora tenía más recursos, comprendía mejor las necesidades de las personas con las que compartía tiempo, sabía que las mujeres disfrutaban el rato que pasaban en el aula, incluso aprendían español, aunque

para muchas no fuese el motivo fundamental que las llevaba allí, por lo que fomentaba la acogida y un espacio seguro en el que la risa era parte fundamental. No entendía de dónde procedía la sensación de ligera frustración que la embargaba; suponía que siempre esperaba más, aunque disfrutaba lo que encontraba.

En la Plaza del Carmen, miró las plantas que languidecían sobre la piedra y se arrebujo más fuerte la bufanda; el termómetro marcaba dos grados positivos, pero el aire helado sin duda disminuía en varios la percepción térmica.

No se acercó a la sede de Médicos del Mundo, aunque seguramente tenían mucho que preparar para el próximo 8M; a ver si le daba tiempo de mandar un guasap a la Comisión de Mujer, si nadie lo hacía antes, para recordar que la reunión sería el siguiente miércoles. Tampoco se detuvo en la tienda de Azacán. Por las amplias cristaleras no distinguió a nadie dentro, así que no estaba segura de si habría llegado ya el pan, pero ya tenía previsto volver más tarde.

Una vez en la calle Canterac, recordó que tenía que pagar la factura del teléfono fijo de su madre; siempre lo hacía en Correos, pero no llevaba el recibo, de modo que tendría que volver otro día. Bueno, no era tan grave, aún le quedaba una semana hasta el final del plazo.

La plaza Rosa Chacel no estaba muy concurrida aquella mañana, unos cuantos perros en la hierba y seres humanos bien abrigados. Como de costumbre, en la verja de la asociación vecinal de las dere-

chas, carteles de sus actividades de yoga y poco más.

Ya en ASECAL, Cris la recibió con alegría, le indicó un ordenador y le recordó que hacía unos meses que no actualizaba su CV, y al menos una semana que no utilizaba los buscadores virtuales de empleo, con lo cual cumplió con su trabajo de asesoría. En realidad, Rous, que ocasionalmente impartía clases de FOL en Formación Profesional Básica y en Ciclos Medios, era sobradamente competente en aquellos ámbitos, pero Cris se tomaba su trabajo muy en serio.

-Por cierto, tú que sabes tantas cosas, tía, es que en mi edificio quieren poner ahora el ascensor, y es un pastón; yo no me niego, eh, pero es que realmente nadie lo necesita, y lo que quieren los del cuarto es que su piso se revalorice para venderlo y a los demás que nos jodan. ¿Qué se puede hacer? Desde el punto de vista legal, me refiero. No para no ponerlo, sino para que sean un poco solidarios con los que nos quedamos.

Aquello era un comienzo de conversación como otro cualquiera entre ellas dos. Rous aportó sus conocimientos legales, aunque no pensaba que se pudiera hacer gran cosa.

Luego se dedicaron a dar un repaso a varios de los proyectos en que ambas estaban embarcadas de manera voluntaria desde la asociación D=a= Delicias, especialmente «Delicias De Letras» y las clases de Cómic para jóvenes que estaban impulsando junto a Txema, un Diplomado en Cómic por la Biblioteca de Lima, como le decían para picarle. El

hombre siempre afirmaba que aquel título no significaba nada, y se indignaba de manera un poco infantil cada vez que le presentaban así en público con gesto ostentoso. Al margen de eso, era bastante bueno tanto a nivel técnico y creativo como en su trato con la adolescencia, por lo que era una suerte poder contar con él de manera desinteresada. Quedaron en que el sábado se reunirían para concretar la próxima publicación del fanzine del taller, y Rous envió un guasap a Mónica, la editora, para ver cómo estaba de trabajo en ese momento.

«Genial. El sábado paso por Azacán y tomamos un café. Besos» contestó Mónica de manera casi inmediata.

Después de aquello, y sabiendo que apenas le quedaba una hora, Rous se lanzó a leer y contestar las demandas de las entidades por internet. En no pocas ocasiones, parecían asumir que ser una oenegé o similar les daba carta blanca para ejecutar cualquier despropósito, sobre todo en materia laboral, contra las personas a quienes empleaban. A veces estaba tentada de pensar, como aquel personaje de Alejandro Cuevas, que «la gente es gentuza es gentuza es gentuza». Pero no, había que ser positiva, seguro que en algún momento dejaremos de ser tan idiotas.

-Soy una asociación. ¿Puedo rescindir el contrato a una trabajadora durante un par de meses y contratar a otra que creo que es mejor? ¿Tendría que pagarle indemnización?» -fue lo primero que leyó.

Paciencia.

2. DESCONEXIÓN

La aglomeración de libros atestaba la rampa que conducía hacia la parte superior del local, inundaba las estanterías, los alrededores de las estanterías, se alargaba hacia las sillas y trepaba a las mesas, de donde se precipitaba de nuevo hacia el suelo para indicarnos un camino fijo hacia la parte del almacén y los baños, en cuyos pasillos se erguía hasta el techo en rebosantes cajas de maltratado plástico o cartón. Pero también nos acompañaba en los baños, bajo los lavabos, en rincones inverosímiles donde el saber ocupaba lugar y sembraba preocupaciones en los gestores de la tienda.

Pero bueno, era un lugar donde dejar tu ropa mientras te probabas esos vaqueros de segunda mano por un par de euros que podían quedarte bien.

Tras una de las citadas mesas, entre aroma a incienso, podía atisbarse de vez en cuando un movimiento entre las pilas de libros que la cubrían, seguido de un suspiro acompañado de un teclear frenético.

-Bueno, con esto está por hoy, ahora las fotos -se escuchó más claramente una voz masculina, como ensimismada.

Una cabeza apareció entonces sobre una torre de libros, y luego unos hombros. De alguna manera, una figura no demasiado estilizada se las apañó para franquear la barrera de libros sin derribar ninguno, y portando en sus manos unos volúmenes que se antojaban pesados debido a la curvatura que ocasionaban en la espalda del hombre, mientras los transportaba con poco donaire hasta el único espacio semivacío que la vista podía hallar en el local.

-Esto se nos ha ido de las manos... -se le escuchó murmurar.

Bueno, esta última frase musitada era evidente para cualquiera que entraba en el local de Azacán. Desde hacía varios años, la idea de montar una librería a precios asequibles con los libros que las personas donaban había sobrepasado todas las previsiones. De donaciones, no de ventas. Y menos mal que la mayoría de los libros que entraban se donaban periódicamente a bibliotecas en países fundamentalmente del centro y del sur de América, porque, de otro modo, aquello se hubiera hundido por su propio peso. El dinero que se sacaba de la venta apenas daba para pagar los gastos del local, y el resto se destinaba a los proyectos sociales y comunitarios de la asociación. Bueno, y pagar deudas consecuencia de las crisis pasadas.

Quizá ahora comprendamos mejor las palabras de Txema mientras se dedicaba a fotografiar unos cuantos libros para intentar venderlos por internet.

Como el resto del voluntariado de Azacán, dedicaba cada semana unas cuantas horas a aquella actividad tan poco atractiva pero tan necesaria.

-Nos comen los libros. -Lucía sonrió al acercarse a Txema.

-Sí, y es lo único que no nos podemos comer de la tienda -intentó bromear el hombre. Al menos en parte.

La mujer rio amablemente.

-Y la ropa -señaló, indicando con un gesto la chaqueta beige que se estaba probando y que hacía juego con su pelo plateado. Era probablemente una de las voluntarias que más tiempo llevaba en la asociación, desde que esta se encontraba en el Paseo de Farnesio, y una de las que más horas echaba allí.

-Bueno, y la artesanía... y la joyería... y los juguetes... vale, hay muchas cosas que no se pueden comer, pero no me digas que no sería un alivio si pudiéramos comernos unos cuantos libros -adujo Txema, cuya ironía no podía ocultar cierto agobio.

Lucía rio de nuevo.

-Sería una manera muy cómoda de estudiar, aunque me temo que descubriríamos que algunos de esos libros resultan indigestos.

Txema asintió con tristeza.

-Sí -musitó, pero no supo continuar la conversación.

-¿Te ha avisado Rous de lo que necesitáis para el taller del lunes? -introdujo un nuevo tema la mujer.

Txema, que en ese momento estaba tratando de enfocar un libro con la cámara, tardó un instante en

contextualizar la pregunta. El lunes iban a comenzar en el local un sencillo taller de introducción al cómic con las personas que asistían al apoyo de primaria, y le habían pedido que les señalase el material necesario, petición que había derivado hacia Rous. Aún no lo había hecho.

-No, aunque antes vamos a quedar para mirar lo del fanzine de Santo Toribio, el sábado, creo -informó.

Esto no desorientó a Lucía.

-En serio, necesito que me digas lo que necesitáis antes de mañana, que luego ando liada para buscarlo a última hora -amonestó sin perder la sonrisa.

Txema prometió hacerlo al día siguiente y continuaron con sus tareas respectivas, Lucía probando que la ropa que donaban estuviera en perfectas condiciones, y Txema terminando las fotos y subiéndolas a internet.

-¡Por cierto! -regresó Lucía-. El próximo miércoles tenemos la reunión de la Comisión de Mujer para preparar las actividades del 8M, así que estate atento al correo, que te mandamos el cartel para que lo cuelgues en las redes de Red Delicias, y luego reserva un día para la pegada de carteles en papel.

-Pues no va a haber mucho tiempo, ¿no? Apenas vamos a tener dos o tres días antes de la manifestación para pegarlos.

-Suficiente, la gente ya está al tanto de que se va a hacer algo, así que simplemente es información para quienes no tienen internet ni móvil -bromeó la mujer con ironía.

Txema no tenía móvil.

-¡Yo sí tengo internet! -fingió indignarse el hombre-. Bueno, correo, pero internet hay en muchos sitios, si te quieres conectar.

-De verdad, que maneje las comunicaciones de la Red la única persona que no tiene móvil ni internet en casa me parece un poco extraño, ¿no? -Sus ojos de un intenso azul se iluminaron mientras hablaba-. Y luego nos quejamos -terminó la chanza.

-Bueno, para empezar, estoy más que dispuesto a ser relevado -repitió, como siempre lo hacía, con escaso éxito-. Pero, en todo caso, para lo que le importa a la gente lo que decimos -se burló Txema, cambiando las tornas-. ¡Y menos que le debería importar! -añadió, sabiendo que la mujer respondería de la manera habitual.

Levantó los brazos con las manos estiradas, como implorando, y al final las bajó mientras lanzaba unas carcajadas.

-¡Eres terrible! ¿Cómo que no deberían preocuparse?

-Bueno, ¿no está El Gran hacer el Primo, o Supervividores, o la Isla de las Setenta Pivones, o como se llamen esos programas? Pues entre eso, el guasap y el instagram, ya tienen bastante la mayoría, no sé por qué deberían preocuparse de lo que pasa a su alrededor.

Lucía fingió indignarse un poco más y se dio la vuelta.

Txema tardó unos minutos en terminar las fotos de los libros y subirlas a la página.

Ya había salido de la tienda cuando llegó el pan,

así que le tocó volver a por él. Aspiró profundamente su aroma, recreando momentos de placer gastronómico.

3. EDITORIAL Y SUEÑO

Sentada en su mesa de trabajo durante su media hora de descanso en el instituto, Mónica trataba de concentrarse en el documento que tenía abierto en su ordenador. Ni siquiera la tercera lectura le aportó el mínimo sentido al texto que llevaba más de un cuarto de hora revisando. Estaba acostumbrada a recibir por correo electrónico obras poéticas cuyas autorías pensaban que tal vez podría valer la pena publicar su obra, aunque no tenían la total certeza y tal vez en realidad no valiera la pena, perdón, perdón, lo dejaban a la más sabia decisión de la editora. Mónica acostumbraba a mandar amables contestaciones con multitud de correcciones ortotipográficas y un par de estilísticas hechas sobre los textos mismos, a las que añadía una profusión de comentarios aparentemente motivadores pero que para cualquiera que los leyese tenían un significado claro: somos una editorial de autopublicación que intenta facilitar el cumplimiento de los sueños de quien nos lo solicite, a un precio verdaderamente

asequible y con facilidades de pago, así que eres tú quien va a poner el dinero, por lo que si quieres seguir adelante, seguimos, pero igual mejor si te lo tomas con calma, lo meditas un poco, te curras un poco tu verborrea, intentas fortalecer las amistades, te metes en un grupo poético de aficionados o cualquier cosa que te saque del estado de ánimo que te ha llevado a entregar estos versos desquiciados a personas desconocidas que probablemente quieran hacer negocio a tu costa. La mayoría volvían a escribir para agradecer los consejos, y los resultados solían variar enormemente, desde los inesperados empeoramientos hasta cambios tan profundos a todos los niveles, para bien, que realmente parecían obras diferentes.

Sin embargo, por más que se esforzaba, la mujer no entendía una sola palabra de lo que tenía delante. No descartaba la influencia que podía haber causado en su sensibilidad poética la corrección de más de cien exámenes de economía esa misma mañana, a cual más surrealista. A veces su puesto de profesora le pasaba factura en su vida artística, qué se le iba a hacer.

Había intentado despejarse a última hora echando un vistazo al correo de la editorial unipersonal que dirigía, y había escogido el texto al azar entre los tres que había recibido aquella semana. Lo había hecho porque el mensaje aseguraba que el autor estaba muy interesado en formar parte del proyecto Delicias De Letras, y que había dado con el poemario definitivo que iba a dotar al barrio de Delicias de una nueva identidad para los siguientes

cincuenta años. Tampoco es que, ya de entrada, tales afirmaciones le hubieran hecho albergar grandes esperanzas, pero no tenía por qué descartarlas a priori.

Ni una palabra.

Tal vez sí reflejaba la identidad del barrio, después de todo. Un emplazamiento donde en setenta años se habían producido varios cambios profundos, en el paisaje y en el paisanaje, al ritmo de los cambios socioeconómicos que habían agitado el mundo en general. Si el poemario pretendía reproducir o evocar una impresión de completo desconcierto desalentador, acertaba de lleno.

Pero de momento bastaba con tres intentos. Eso sí, no iba a contestar al correo, porque no se le ocurría cómo podía abordar esa posible respuesta, cuando era incapaz de comprender siquiera la puntuación.

A lo que sí contestó fue a un guasap de Rous para quedar el sábado a tomar un café en Azacán.

Y también al siguiente, este de Lucía, que le informaba de que la reunión para idear nuevas formas de lucha con las cuales exigir la reapertura del Centro de Especialidades se adelantaba esa tarde de siete a seis, en el Centro Cívico. Llevaban ya cinco años de lucha, reclamando la reapertura del centro mediante manifestaciones, concentraciones, intervenciones artísticas, pasacalles, teatros, una nutrida recogida de firmas, una posterior y numerosísima consulta popular, multitud de asambleas, encuentros, conversaciones con los responsables de la Junta y un largo etcétera. De momento, no se había

conseguido nada más que incrementar el cabreo del vecindario hacia los políticos gobernantes en la Comunidad, cuyo argumentario adelgazaba mes a mes, sufriendo además una regresión a la infancia; solo les faltaba llevar un globo a una reunión, pincharlo y echarse a llorar, mascullando algo así como: «¡nenes malos pinchan globo, nene bueno cierra centro!». Descartó su asistencia a la reunión, cerró el correo en el ordenador y se preparó para regresar a casa, que tenía aún más de media hora de camino.

Pasó por el centro de iniciativas ciudadanas Segundo Montes antes de subir a casa, porque quería recoger unos carteles sobre el concierto que «Los Perets» darían en el Parque de la Paz junto a la orquesta infantil «In Crescendo». Se había comprometido a pegar cincuenta antes del sábado, así que ya iba mal de tiempo, pero bueno, después de las clases de apoyo al estudio en Santo Toribio, y de la hora de ocio alternativo para la misma docena de adolescentes que acudían al apoyo, seguramente sacaría un rato antes de cenar, después de la obra de teatro, y probablemente pudiera convencer a alguien para que le ayudara.

La idea del concierto era curiosa. Se habían juntado diferentes artistas y músicos para celebrar el día Internacional del Pueblo Gitano, con un concierto que comenzaría en las esquinas de las calles y plazas donde vivía la gente de «In Crescendo», uno o dos músicos en cada esquina, para visibilizar las profundas raíces de la música en el barrio. Poco

a poco, tras informar a las personas que sin duda se verían sorprendidas en sus paseos, estos grupos irían confluyendo hacia el Parque de la Paz, donde se unirían para realizar un gran concierto en favor de la igualdad y la inclusión.

Mónica había sugerido la idea y ahora le tocaba promocionarla, aunque también estaría en las calles repartiendo folletos informativos el día del concierto.

Metió un cartel en la puerta de la Casa de Acogida para personas con Sida según pasaba hacia su casa, y dejó otro en la panadería tras comprar una barra y subir a casa.

-¿Un día interesante? -Malika la recibió con un beso y la comida preparada.

-¿Por qué no? -respondió pensando en los exámenes, en el texto imposible, en la música y en lo que le esperaba por la tarde.

-¿Has leído el guasap de Lucía sobre la Comisión de Mujer? -se interesó Malika, mucho después, ambas ya acurrucadas en el sofá-. Vamos pelín mal de tiempo con la cartelería y las redes.

Mónica hizo un mohín.

-Sí, y también uno adelantando la reunión de esta tarde del Centro de Especialidades, así que no puedo ir. ¿Y tú?

-¿Lo han adelantado? -se sorprendió, buscando el guasap en su móvil-. ¡A las seis! Pues no puedo ir, o más bien llegaré tarde... con lo bien que me venía a las siete; aunque, claro, así vamos mejor de tiempo para poder ir luego al teatro.

-Tienes entrenamiento, ¿no? ¿Qué tal van las

chicas? -Hacía un par de semanas que no pasaba por la sala donde Malika entrenaba un grupo de adolescentes en Kick Boxing, frente al Parque de la Paz.

-Tienes que pasar, que ya sabes que se descojonan al verte con el casco -bromeó la mujer. Realmente la cabeza de Mónica era enorme, con un cráneo que se elevaba por detrás sin que el peinado pudiera disimularlo.

-Ahora no, por favor...

Malika la abrazó más fuerte, le dio un beso y se levantó para dejarla descansar la escasa media hora que le quedaba antes de bajar a Santo Toribio.

-Llamo a Marius para ver si va a hacer la traducción de los poemas del taller del otro día -se excusó. Desde LeeLosLunes habían hecho un taller intercultural de poesía, más bien un encuentro donde personas de diferentes lenguas y saberes intercambiaban pequeños fragmentos y procesos vitales y los ponían por escrito; como no todo el mundo controlaba bien el idioma o poseía una cultura letrada, además de ayudarse unas a otras para ponerlo por escrito, luego contribuían a la traducción, y Marius lo hacía desde el rumano cuando tenía tiempo.

Mónica solo pudo asentir antes de quedarse dormida.

4. DENSIDAD

Rous llamó a su madre para ver cómo se encontraba. Hacía unos meses esta se había trasladado a vivir con su otra hija, la hermana mayor de Rous, a una casa más grande en un barrio de las afueras, donde supuestamente estaría más cómoda, pero la mujer empezaba a insistir últimamente en que echaba de menos a sus amigas, con las que desde hacía años salía cada tarde al bar a tomarse un café y a hablar de sus cosas. Rous había esperado esto, así que apenas había cambiado nada en la antigua habitación de su madre, y ahora empezaba a pensar en que tendría que sacar unas horas para hacer una buena limpieza a fondo, para lo cual seguramente necesitaría ayuda. Llevaba un par de semanas retrasando apuntar su demanda en el banco de tiempo, aunque tenía un saldo positivo de tres horas, porque no tenía la certeza de que el regreso de su madre fuese tan inminente.

La echaba de menos, sobre todo por las noches, cuando el ajetreo del día se reducía al silencio del

espacio vaciado. Quizá por ello las horas de sueño eran postergadas o incluso desterradas en una infatigable actividad informática que completaba informes, preparaba clases, rastreaba respuestas en las normativas, estudiaba los vídeos y textos de los cursos de internet a los que se apuntaba masivamente y siempre en su versión gratuita, o simplemente cogía un libro y leía.

-Yo quiero volver, aquí me aburro -confesó por fin Manuela. Y casi a continuación, como si se disculpara-; tu hermana me trata muy bien, los niños son un cielo, no me quejo de eso, pero...

-Pero esta es tu casa y aquí están tus amigas -completó Rous.

Pensó que el silencio al otro lado del teléfono escondía todas las voces que su madre siempre había ocultado.

-Helena lo entenderá, no te preocupes -alentó-, y a los niños les puedes ver cuando quieras; además, no les viene mal pasarse por aquí de vez en cuando.

Casi pudo ver la sonrisa irónica de su madre.

-No les viene mal, no.

Ambas comprendían que su hermana no se sintiera a gusto en el barrio, rodeada de personas tan diferentes a ella, con formas de vida callejera, ruidos y músicas constantes, gestos incomprensibles si no te interesaba su contexto cultural; y una infinidad de problemas asociados con la pobreza congénita que se buscaba la vida como podía, no siempre respetando las formas legales y ni siquiera unos mínimos de convivencia. Ella prefería sus tres pisos

con trastero y garaje y su muro de setos que bordeaba el jardín; la piscina comunitaria ya le provocaba picores sociosanitarios.

Y en ese mundo cultivaba a su hija y a su hijo.

-¿Prefieres que hable yo con ella? -se ofreció Rous, en un impulso del que se arrepintió de inmediato. Que su madre ocultara sus voces no significaba, antes al contrario, que permitiera que nadie interfiriera en sus asuntos.

-Ya hablaré cuando sea el momento -cortó Manuela-. Lo que voy a hacer hoy es coger el autobús y tomarme algo con las chicas, que ya hace una semana que no las veo. ¿Puedes pasar por el bar?

Rous hizo unos cálculos rápidos.

-¿Aún estarás allí a las nueve y media?

La había invitado al teatro, pero su madre prefirió el encuentro más íntimo con las amigas en la cafetería de siempre.

-Probablemente sí, pero no mucho más, así que no tendremos mucho tiempo, no te retrases -advirtió-. Por cierto, ¿sigue teniendo Mónica la editorial? Porque tengo a punto un poemario y me gustaría publicarlo.

Rous no se sorprendió. Cinco años atrás, Manuela había comenzado a asistir a clases de Educación de Adultos en el centro cívico, y allí descubrió, en los talleres de creación literaria, que le gustaba escribir poemas. Las alabanzas de su profesora y de sus compañeras, primero, y luego el apoyo que había encontrado en casa, le habían llevado a hacer un primer poemario, casi treinta romances, que había regalado a sus amigas, embar-

gada por el orgullo y la felicidad. Allí sus voces escapaban en octosílabos asonantes que cantaban dolores y alegrías, cuya honda oscuridad aún se aferraba a la inocencia luminosa.

-Claro, luego la voy a ver, en el teatro, ¿le digo algo?

-No, todavía no, aún los estoy pasando a ordenador, y me lleva tiempo.

-¿Tú sola?

-Me ayuda África -aseguró. Luego se echó a reír-. La pobre no entiende nada.

Rous pensó que era lógico, a fin de cuentas su sobrina apenas tenía trece años y, aunque era lista, debía flipar con las cosas que su abuela escribía.

-De acuerdo, no la digo nada. A ver cuándo me los pasas, que me gustaría leerlos. Dile a Áfri que me los mande por wasap.

-¡No, señora! -zanjó su madre-. Ya te los daré, sí, cuando los acabe, pero solo para que se los pases a ese amigo tuyo, Txema, y me los corrija antes de dárselos a Mónica para que los publique, que es muy majo y la otra vez lo hizo muy bien -ordenó Manuela, muy seria-. Tú los leerás cuando todo esté acabado, como Helena.

-¡Ya le preguntaré a Afri! -bromeó.

-Pregúntale, si quieres, pero me ha prometido que guardará el secreto -sentenció.

Rous se preocupó ante tanto secretismo, asaltada por dudas incipientes. Pero enseguida se relajó, pues si se tratase de algo grave, no habría metido en el ajo a Afri, que, a fin de cuentas, por más que no comprendiera los textos, tenía una sensibilidad muy

desarrollada para captar las emociones.

-Está bien, guardad vuestro secreto de abuela a nieta -concedió con una sonrisa-. Estás bien, ¿verdad? Quiero decir, aparte de echar de menos esto... -intentó cerciorarse, de todas formas.

Manuela no permitió la duda.

-Estoy bien, gracias, cariño, solo es la vida que ya no se derrama, y hay que preguntarse por qué, si es cosa del continente o del contenido, o de ambos. O de ninguno.

Rous no supo qué contestar.

-Quizá es la densidad -ensayó.

Su madre tardó un par de segundos en contestar, y lo primero que se escuchó fue su risa.

-¡La densidad...! Sí, podría ser. Te quiero, nos vemos a la noche.

-Te quiero, luego nos vemos.

Rous comenzó a preparar la comida a las tres, así que no se complicó demasiado. Durmió casi una hora de siesta.

5. MASCULINOS

Con el pan en la mano se acercó a la sede de Médicos del Mundo, a ver cuándo iban a comenzar el curso contra la violencia de género dirigido a hombres. Tras el éxito de este curso dos años seguidos, que se había ofertado a migrantes, en esta ocasión se impartiría sin requisitos de origen, y Txema estaba muy interesado en conocer la metodología, ya que en el centro social autogestionado La Ortiga iban a dar un curso de nuevas masculinidades que también le parecía interesante. Si podía, pensaba acudir a los dos. No se cansaba de descubrir matices en los comportamientos actuales del hombre, a pesar de que, por lo que podía ver, en España estaban creciendo los comportamientos que se centraban en el macho. Para alguien que creía firmemente en que el género era una construcción social que nos marca y a la que hay que combatir, siendo simplemente cada quien, sin más etiquetas, retornar a la idea de la dualidad identitaria por el sexo biológico le producía casi dolor físico; todos estos cursos, algunos muy básicos

y otros más elaborados, le resultaban importantes porque en ellos se compartían experiencias con personas reales.

Justo antes de entrar, encontró pegadas en la puerta varias pegatinas amenazantes de un grupo de ultraderecha. Piotr salió a su encuentro, y Txema le recibió señalando la pared.

-¿Has visto lo que os han colocado otra vez aquí?

El joven siguió la dirección de su mano y mudó el gesto afable por uno de cabreo.

-¡Joder!, es la tercera vez esta semana, me estoy cansando ya de quitar esta mierda. Y no es por mí, pero es que aquí vienen personas que realmente tienen miedo -explicó innecesariamente, mientras procedía a levantar las pegatinas ayudándose con una llave.

Txema hizo lo propio, y durante cerca de un minuto no intercambiaron una palabra.

-Pero, perdona, que te tengo aquí haciendo trabajos forzados, seguro que no has venido a esto -se excusó Piotr al cabo de un rato.

-No te preocupes -disculpó el otro, y le explicó el motivo mientras iban consiguiendo arrancar al menos lo más doloso.

-Bueno, todavía quedan plazas, así que te apunto, si quieres -ofreció-. ¡Es una pasada! Y un consuelo, porque con la que está cayendo... creo que vamos a ofertar otro inmediatamente después de este, porque hay demanda y la gente sale muy contenta.

-¿Y muy cambiada?

Piotr reflexionó.

-Bueno, quien viene es porque ya tiene alguna inquietud sobre el tema, aunque cada persona es distinta y también lo son sus procesos -comenzó con cautela-, pero yo pienso, y es una opinión fundada en lo que veo en los cursos y en las confesiones de los asistentes, que todos salen removidos y al menos con intenciones de cambiar algo o de perseverar en el cambio -aseguró finalmente.

-¡Qué bueno!

-Imagino que también haya quien saldrá como entró, pero no conozco ningún caso... al menos, que lo diga, que esa es otra.

Txema sonrió.

-Sí, apúntame, por favor, esas fechas me viene muy bien, justo después del 8M. Aunque, bueno, tal vez tenga que faltar una hora un par de días, porque no puedo dejar libre toda la tarde, al menos en el curso de cómic tengo que estar -recordó.

Piotr hizo un gesto restando importancia a sus palabras.

-No te preocupes, si solo son dos horas. Eso sí, si crees que van a ser más, piénsatelo, que está muy solicitado -sugirió.

Txema asintió. No deseaba arrebatarse la oportunidad a alguien que pudiera aprovecharlo mejor.

-Bueno, que seguro que andas liado, me piro. De momento, me apuntas y, si veo que ando más liado, te digo con tiempo y me borras, a ver si otro se anima -resumió el limeño, y se marchó haciendo gestos de despedida.

Piotr asintió a todo y también se despidió antes de volver dentro.

-¡Cuídate! Con lo que sea, pasa o manda un correo...

Después de eso, se preguntó si todavía le daría tiempo a pasar por la antigua Casa de la Juventud, aunque iba un poco apurado. Entre la gente de su edad aún llamaban así a aquel espacio, aunque el ayuntamiento hacía ya un par de años que lo había convertido en «centro de iniciativas culturales», nombre más rimbombante que práctico, al menos en el barrio. Las entidades que tenían allí su sede desde hacía un montón de tiempo continuaban haciendo lo mismo de siempre, y las más nuevas venían de fuera del barrio, y se dedicaban a sus cosas sin que su labor se tradujera en nada en el vecindario más inmediato; eso sí, cada vez que les llamaba el consistorio para cualquier chorrada en el centro, allá iban; vale, se estaba dejando llevar por su malhumor, no siempre eran chorradas, pero a muchos les fastidiaba que su trabajo no revirtiera para nada en el barrio.

Txema intentaba que al menos una de las entidades, que se dedicaba a juegos de mesa, algunos de creación propia, se implicara en Delicias De Letras, y pudiera ofertar para el siguiente Día del Libro una jornada de juegos de creación de historias.

Se encontró con la verja cerrada y ninguna indicación del porqué de aquel horario, así que se resignó a tener que volver otro día. Ya que estaba allí, se acercó al local de la Asociación Familiar, que quedaba a la vuelta de la esquina, y cuya pequeña

biblioteca custodiaba algunos antiguos libritos sobre Las Delicias que era difícil conseguir en cualquier otro sitio.

Entró en la sede, en cuya asesoría jurídica y laboral trabajaban varias personas a aquella hora. La verdad era que no estaban en horario de biblioteca, pero de vez en cuando había suerte y andaba por allí alguien de la directiva, más o menos ocupado, que le podría abrir la puerta.

-¡Mira quién ha aparecido! -le recibió Clemente, desde el despacho, tan pronto asomó la cabeza por allí-. ¡Te dejas ver poco últimamente! ¡Pasa, hombre!

Txema hizo caso y se acercó.

-Sí, es verdad que hacía tiempo que no pasaba -admitió, receloso.

Clemente no hacía honor a su nombre, y cuando pillaba un tema que le mosqueaba resultaba inflexible hasta que aclaraba toda la información que necesitaba. Y solía ser mucha.

-¡Cuéntame! ¿Qué hacéis últimamente los de De Igual a Igual Delicias, que no se os ve?

Txema ni siquiera intentó rebatir aquella última afirmación, por lo que pudiera pasar; lo cierto era que desde la asociación apenas paraban, pero no sabía si le apetecía discutir todos los proyectos con aquel hombre de bigotes prominentes y mirada viva.

-Ya sabes, como siempre, igual que vuestra asociación -divagó.

Clemente le observó desde sus ojillos apenas incrementados por las lentes.

-Bien, hombre -concedió.

Txema pensó que se había librado. Solo por un momento.

-Entonces, ¿estáis en lo del Centro de Especialidades? Porque no veo vuestro logo en el cartel.

Para esto sí estaba preparado.

-Ya, es que preferimos ir con el resto de la gente, como «vecines del barrio» -informó.

Clemente echó las manos arriba.

-¡Ah, bueno! ¿Sois vosotros los «vecines»? Creí que era una errata.

Txema sonrió.

-Y mucha más gente, a la que no le importa no figurar en el cartel como asociación, no es una errata.

El hombre asintió ante aquellas palabras.

-Bien, hombre.

El joven ya suponía que aquello no acabaría ahí. Así que decidió tomar la iniciativa.

-De todas formas, seguro que lo sabes, la reunión es esta tarde, aunque no podré ir, que tengo clases en Santo Toribio. -Y al instante cambió de conversación-. ¿Cuál es el horario de la biblioteca, que no lo recuerdo?

-¿De esta? Pues ahí en la puerta está, espera a ver, que yo tampoco me acuerdo -expuso el del bigote, incorporándose rápidamente y dirigiéndose hacia la biblioteca antes de que Txema pudiera reaccionar.

-No, no te preocupes, ya lo miro yo... -comenzó, pero el otro ya había salido del despacho para cuando terminó la frase, así que se limitó a seguirlo.

-¡Aquí esta! -exclamó, como si fuera un gran

descubrimiento el enorme cartel pegado en la puerta amarilla. Comenzó a leerlo en voz alta-. Martes, de seis a ocho; jueves, de seis a ocho, también. Pues ahí lo tienes, esta tarde está abierto -remarcó-. ¿Por qué, querías algo? Voy a ver si está por ahí la llave...

Txema negó con la cabeza antes de formular alguna palabra que le salvara de un verdadero interrogatorio.

-No, no, solo pasaba por aquí y me entraron las dudas, ya vendré en otro momento, muchas gracias.

-De todas formas, ¿no hicisteis una guía de recursos en internet con todas estas cosas? -apuntó con certeza.

Txema se disculpó.

-Sí, sí, ahí está, seguro, pero, ya sabes, al no tener móvil, y ya que pasaba por aquí...

Clemente se le quedó mirando de nuevo ante aquella afirmación.

-Es verdad, que no tienes móvil -dijo lentamente-. Bien, hombre.

Txema aprovechó para despedirse y se encaminó a su casa a hacer la comida. Según salió, el viento le trajo el polvo de la obra de enfrente. Llevaban dos años con aquellas nuevas construcciones, avanzando bastante, sobre el lugar donde habían estado los cuarteles. Unas torres horribles se elevaban entre y sobre la carcasa del antiguo edificio militar, cuya fachada al parecer era de interés histórico. Nuevas plazas verdes habían aparecido, pero la estética no concordaba con el resto del barrio. Sin duda los constructores estaban esperando el

momento en que los nuevos pasos bajo la vía del tren se abrieran hacia el Paseo de Zorrilla, se construyera el paseo sobre el paso subterráneo en el Arco Ladrillo y toda aquella zona se revalorizara.

Txema giró hacia el centro del barrio en cuanto pudo, atravesando la plaza de Lola Herrera, llegando a la plaza del Carmen y acercándose a la calle Celtas Cortos, donde vivía en alquiler con otras dos personas.

Una mañana poco útil. Haría algo rápido para comer con el pan y comería mientras trabajaba en el ordenador, a ver si aprovechaba el tiempo antes del apoyo escolar.

6. EMPRENDER

La calle Caamaño se veía oscura en invierno, a pesar de ser mediodía. Simo regresaba del gimnasio cargado con la bolsa de deporte y un nuevo corte de pelo que le enfriaba las partes del cráneo más expuestas, allí donde la rapada le había dejado poco más que la sombra del cabello. No se arrepentía del peinado, pero sí de haberse olvidado el gorro en algún sitio.

-¡Guapo! -gritó una voz un tanto socarrona, y Simo elevó la vista hacia el cuarto; había reconocido de inmediato a Chechu, que asomaba por la ventana más de medio cuerpo. Le sonrió-. ¡Mira cómo aguanta el frío con tal de ligar! -insistió el otro.

Simo ya suponía que le iba a tocar aguantar las bromas de sus colegas, y especialmente las de Chechu, que normalmente no sabía cuándo parar, así que se limitó a encajar las burlas y a seguir la conversación.

-¿Vas a ir hoy al ocio? -preguntó. Los jueves por la tarde, después del apoyo, solían quedarse al menos una docena de adolescentes para charlar de

sus cosas y jugar en Santo Toribio.

-¡Mira cómo evita el tema! ¿Has pagado por eso? ¡Te lo hacía yo gratis! -continuó el otro, ya bien a destiempo. Pero de inmediato se recondujo él solito-. No sé si podré ir, te hablo por el guasap, que estoy liado.

-Pero el fin de semana sí que vienes, ¿no?

Habían quedado todo el grupo de Asómate, uno de los antiguos grupos juveniles de la parroquia, para ir el fin de semana a la casa que la familia de Mónica tenía en su pueblo, una verdadera casa rural en una aldea cercana a Peñafiel, y que les prestaba para la ocasión. Malika, que a pesar de su edad un poco más avanzada, pertenecía al grupo como miembro honorífico, les acompañaría. Llevaban preparando la excursión más de un mes.

-¡Sí, sí! ¡Y esta tarde también intentaré ir, a ver si puedo! -prometió a gritos desde la ventana-. ¡Mira a ver si convences a tu hermano para que venga, que nos tiene abandonados! ¡Como somos pobres!

Simo sacudió la cabeza con poca convicción. Era verdad que su hermano Musta hacía tiempo que no participaba en las actividades del grupo, y era una pena, entre otras cosas porque era el que mejor tocaba la guitarra y amenizaba bastante. Pero desde que acabó el ciclo superior de formación profesional, se había concentrado en el trabajo y era casi imposible sacarle del taller donde curraba.

-¡Nos vemos! ¡Hasta luego! -se despidió de Chechu, y continuó hacia su casa.

Al llegar a la esquina de Hornija, tuvo que dete-

nerse de nuevo.

No era infrecuente que allí se reuniera un grupo de marroquíes, hombres en su totalidad, para hablar de sus cosas, ya que las grandes campañas del campo, que constituían su ocupación principal, no habían comenzado. Simo saludó cortésmente a cada uno de ellos, que le dieron efusivos recuerdos para su padre, y se interesó por sus familias y sus negocios. Aquel día estaba en el grupo Abdel, un empresario agrícola que solía reclutarlos a precios justos y siempre con contrato, y que había adquirido varias viviendas en la zona para alquilarlas a precios más que razonables a las personas que trabajaban con él. Era muy apreciado tanto por su interés en ayudar a quien lo necesitaba como por la rectitud que exigía en el trabajo y en los tratos.

Simo le apreciaba aunque nunca había trabajado para él, ni nadie de su familia, pero reconocía su honestidad y eso era muy importante en las situaciones tan precarias por las que muchas familias atravesaban. Estaba casado con una española, con la que tenía una hija, así que se consideraba que estaba plenamente integrado en la sociedad, no solo a nivel laboral. También fumaba tabaco y de tanto en tanto tomaba una cerveza, pero siempre con moderación y con el fin de socializar con los españoles o con otros marroquíes que llevaban más tiempo en España.

Sabía que el aprecio era recíproco, pues el hombre entendía que la labor que Simo llevaba a cabo con la juventud más desarraigada, intentando ofrecerles alternativas al consumo y al menudeo de

drogas, así como a los salones de juego, principalmente, era muy importante. A veces Abdel contrataba a alguno de estos jóvenes que Simo le aseguraba que respondería a las exigencias del trabajo, y solía acertar; ambos valoraban que no hubiese comisiones de por medio. Pero la situación no resultaba sencilla para nadie. Abandono de los estudios incluso antes de terminar primaria, desconfianza, desarraigo y aspiraciones al dinero fácil eran enemigos poderosos contra los que resultaba muy difícil luchar. Si a eso se le sumaba una concepción del sexo y el placer como mecanismo de control absoluto, llevaban todas las de perder, ejerciendo encima de victimarios hacia ciertas mujeres todavía más indefensas.

Simo se despidió abrumado por todos aquellos pensamientos que se le habían venido encima. Volvería un rato al gimnasio antes del ocio, a ver si se calmaba. O quizá pasaría por la sala donde Malika entrenaba a las jóvenes, que los jueves tocaba; sí, eso haría.

Aún saludó a varias personas antes de cubrir los treinta metros que le quedaban para llegar al portal de su casa en Caamaño donde vivía con su familia.

7. OTREDAD

Desde hacía unos años, incluso antes de que la arreglaran y la intentaran convertir en una especie de tránsito entre el Parque de la Paz y el de Canterac, atravesando la zona de Aramburu para abrir esta al barrio, la calle Hornija venía siendo conocida como la *calle de los rumanos*, especialmente la zona entre Caamaño y Embajadores, porque familias de esta nacionalidad habían comprado varios locales en ese tramo de calle, además de algunos pisos, y ocupaban el espacio de las aceras y callejones de manera más ostentosa que el resto, sobre todo cuando hacía buen tiempo.

En realidad, la mayoría de estas personas habitaban en Caamaño, y las situaciones socioeconómicas eran muy desiguales; durante un tiempo, algunos habían ocupado un buen número de pisos de manera irregular, pero paulatinamente los habían ido desocupando o adquiriendo. Además, allí había personas de multitud de orígenes y de cuatro continentes. Al menos que Rous supiera, porque no conocía en la zona a nadie de Oceanía ni de la Antártida.

Saludó a algunas de las mujeres que tiempo atrás habían asistido a las clases de español, el cual habían aprendido sin aparente esfuerzo y en un tiempo récord, sobre todo, según confesiones propias, gracias a la televisión. Otras, entre las más mayores, no lo habían conseguido y Rous suponía que no iban a hacerlo; alguna se había acercado a las clases obligada por las trabajadoras sociales de los CEAS, que les exigían esforzarse en aprender para no quitarles las Rentas Garantizadas, cuando las cobraban. Pero eran una minoría y, por experiencia, Rous prefería que no asistieran en esas condiciones, pues la única manera de aprender era la motivación explícita para ello, y con mucha frecuencia resultaba una pérdida de tiempo para todas. A pesar de que, justo era reconocerlo, solían pasarlo bien en las clases.

-Hola, señora -le saludó Sofia, una mujer no demasiado mayor que había ejercido la mendicidad en diversos enclaves del barrio y fuera de él.

-Me llamo Rous, no señora -rebatí por enésima vez con buen ánimo. No conseguía que la llamara por su nombre, a pesar de que durante las clases el trato había sido completamente familiar; con el tiempo, tras desaparecer la relación más cercana de las clases y solo verse ocasionalmente, la mujer regresaba siempre a aquel apelativo, Rous sospechaba que porque se olvidaba de su nombre.

-Sí... ¿todavía clase? -preguntó-. Yo volver, ¿cuándo?

Era la misma cantinela cada vez, pero Rous siempre respondía con afabilidad.

-Ya sabes, por la mañana o por la tarde, martes, miércoles y jueves.

Sofía la miró como tantas otras veces, calculando, y luego asintió con una sonrisa en los labios que envolvía una promesa.

-Yo vuelvo -prometió una vez más, satisfecha con la decisión.

-Cuando quieras. Allí estamos.

Se despidieron con dos besos.

De camino a casa, tuvo que soportar las miradas valorativas a su cuerpo de alguno de los hombres con los que se cruzó. Estaba claro que quedaba mucho por hacer, y las idioteces de ciertos partidos no contribuían a solucionarlo, más bien al contrario. En los últimos dos años habían vuelto a subir los asesinatos de mujeres por parte de sus parejas o exparejas hombres, y esto no era una casualidad. El machismo estaba en ascenso tras bellas palabras y excusas, lo mismo que el racismo, la aporofobia y las presiones del mercado ante las crisis económicas reales o fingidas. La famosa covid-19 (el «coronabismo», como lo llamaba su madre), los fuegos incontrolables del verano, las inundaciones del otoño, cualquier cosa ocasionaba una crisis económica en los medios de comunicación, acompañada de una crisis de credibilidad y un rechazo perfectamente calculado hacia el considerado como «otro».

Y siempre pagaban quienes estaban abajo.

Cualquier «ayuda», amplificadas por los medios de rumorología y las redes sociales, suponía sumar años de prejuicios contra las personas más vulnera-

bles, pues se ocultaba que esas supuestas dádivas eran simplemente las migajas de un sistema que repartía a la mayoría ciertos beneficios (como la sanidad, la educación o el alcantarillado, por ejemplo), pagados por esa misma mayoría en forma de impuestos, y dotaba de suculentos privilegios a unos pocos que tenían el poder de manejar el discurso público y un sistema contable y financiero que les permitía la acumulación.

Rous estaba deseando llegar a casa, comer y dormir una buena siesta, porque en caso contrario iba a estallar de rabia y frustración. Luego iría a La Ortiga un rato a preparar unas semillas para el huerto urbano de este año y de allí a la reunión por el Centro de Especialidades.

Miró el guasap, que había estado sonando toda la hora mientras contestaba preguntas sobre derechos laborales en su mayoría y durante el camino de vuelta a casa, y se dedicó a contestar lo más urgente.

Envió a Lucía la lista de los materiales que necesitarían para el taller de cómic y literatura en Azacán, confirmó su asistencia a la Comisión de Mujer y prometió a su hermana que por la tarde se reuniría un rato con su madre. Como si necesitara una promesa. Pero bueno, con el adelanto de la reunión del Centro de Especialidades, se aseguraba más tiempo para estar con ella, porque también terminarían antes, esperaba.

Subió andando hasta el quinto piso sin ascensor -llevaban años dándole vueltas a ponerle uno, incluso se había aprobado en la reunión de propietarios, pero aún no se había hecho efectivo-, y llegó jadeando al rellano.

-Pensaba que ya no vivías aquí.

Levantó la cabeza y sus ojos se posaron sobre una figura que se apoyaba en la puerta de su casa. Lo primero que le saltó a la vista fue la suciedad de la ropa raída, que no era suficiente para esa época del año de soles engañosos. Levantó la vista hacia su rostro, y comprobó que tampoco tenía mucha mejor pinta. Cansancio. Esa fue la primera palabra que se formó en su mente. Una mirada agotada bajo la raya de los ojos que prolongaba las arrugas de la frente, mucho más marcadas que la última vez. Y delgadez.

Se recuperó lo suficiente para acercarse con los brazos abiertos a aquella figura tan querida.

-¡Oh, Pat!

Abrazó casi con miedo el cuerpo frágil que devolvió el cariño con una fuerza nacida del nervio. Mantuvieron el abrazo mucho tiempo, pero finalmente Rous decidió que había cosas importantes que atender.

-¿Qué necesitas? -se interesó, ya en casa, sentadas en el pequeño sofá. Había encendido el termo nada más entrar, pensando en una ducha, y estaba elucubrando qué podría cocinar de manera rápida y succulenta.

Pat respondió sin dudar.

-Dormir -aseguró, y no añadió nada más.

Rous asintió de manera inmediata. Seguramente había muchas necesidades que cubrir en un tiempo breve, pero no pensaba entrar a juzgar las necesidades de le otre. Eso le daba tiempo además para que el agua se calentase en condiciones y para preparar una buena comida.

Afortunadamente, la cama de su madre estaba lo suficientemente limpia. Pat se desprendió de sus andrajos y se puso la ropa que Rous le tendió, sin musitar más que un «gracias» de vez en cuando. Se sumió en el sueño antes de que la mujer le tapara del todo con las mantas.

Rous regresó al salón y permaneció allí unos minutos, sin reaccionar. Luego fue a la cocina, buscó unas legumbres y las puso a remojo para el día siguiente. Para ese día, sacó las patatas, las setas y unos frutos secos con unos germinados, y partió el pan que acababa de traer en grandes rebanadas. Aún no tenía muy claro qué hacer.

Cogió las ropas de Pat y puso una lavadora junto a algunas prendas suyas que tenía en la cesta. Estaba siendo un día de grandes consumos energéticos, no había duda. Se preguntó qué papel jugarían las emociones a partir de entonces, y si de nuevo serían un despilfarro en vez de una inversión.

Estaba claro que su día había cambiado.

Paciencia.

8. JUVENTUD

Txema consiguió un hueco en la cocina después de que Mary y Katy terminaran de preparar una succulenta merienda para compartir con todas las integrantes del grupo de teatro juvenil que coordinaban, y que hoy representaría por fin la obra que llevaban preparando junto al grupo de teatro de educación de adultos durante los últimos cuatro meses. Estaban muy emocionadas, seguras de que llenarían el teatro del Centro Cívico Delicias, ya que la campaña había sido muy intensa el último mes, y muchas mujeres habían comprometido su asistencia.

Esta primera representación, además, se llevaría a escena ante un público compuesto solo por mujeres y personas que se identificaban con géneros no binarios; se había producido una discusión muy fecunda dentro del grupo, con puntos de vista defendidos con vehemencia, pues el argumento de que el género existía pero solo como imposición que había que combatir no era precisamente baladí. Sin embargo, finalmente se decidió abrir la convo-

catoria para no excluir a personas que realmente estaban sufriendo dobles o triples discriminaciones.

La Comisión de Mujer de Red Delicias había prometido acudir en pleno, así como los grupos feministas de los institutos del barrio, que habían crecido en los últimos tiempos, en parte como oposición a la reacción machista que ciertos sectores habían promovido ante los avances por la igualdad. Familiares, amigas, grupos de otros barrios, incluso alguna concejala había sugerido que si la agenda lo permitía... Un día grande, verdaderamente.

Txema esperó con paciencia a que sus compañeras de piso terminaran, y luego preparó una ensalada para las tres, pues con todo el ajetreo se habían olvidado de prepararse algo para comer; como segundo, tiraron de los sangüiches que acababan de rellenar.

-¡Está todo muy bueno, pero no puedo comer!
-exclamó Mary, todo nervios. La joven no podía parar un momento.

-¡Pues a mí me entra perfectamente! ¡Comii-daaa! -refutó Katy, y se zampó medio bocadillo de un mordisco, lo que provocó la asombrada hilaridad de su compañera y la ironía de Txema.

-¿En serio puedes con todo eso? Aunque, bueno, acostumbrada a lo que comes normalmente -se mofó el hombre medio en broma. La muchacha trabajaba en una cadena de comida rápida, que era lo que consumía de manera habitual.

-¡Comiidaaaaa! -respondió la joven, representando una troglodita y engullendo el medio bocadillo restante.

-¡No entiendo cómo puedes hacer eso! -volvió a exclamar Mary. Ella trabajaba de apoyo en una guardería, y se encargaba precisamente de la alimentación, ya que además de haber estudiado Educación Infantil era nutricionista.

-¡*Endrenamiendo!* -respondió, con la boca llena y abriéndola al máximo.

Los otros le lanzaron servilletas a la cara.

Terminaron de comer y Txema se fue a dormir un rato, después de desearles mucho éxito; mientras, las compañeras empaquetaban toda la comida y repasaban que todo estuviera a punto. A las cuatro, tan pronto abrió el Centro Cívico, salieron hacia allí.

La obra comenzaba a las ocho y duraba apenas treinta y cinco minutos, pero todavía quedaban pendientes las últimas pruebas de luces, de sonido, limar algún movimiento escénico sobre el propio escenario, probar que el técnico de sonido estaba completamente seguro de dónde meter la música, las voces en *off*, los vídeos que acompañaban la obra, comprobar que el telón funcionaba, hacer piña y calmar los nervios entre todas, problema este más fácil de enunciar que de llevar a efecto.

Así que cuando se despertó, Txema estaba solo en casa. El apoyo escolar en Santo Toribio comenzaba a las seis los jueves, por lo que aún tenía más de una hora por delante, pero decidió que no iba a trabajar. Cogió el último libro de Fernando del Val y leyó un poema, lo que le transportó a la reflexión durante un buen rato. Así que hizo lo propio con uno de Carlos León Liquete. Suponía que esa no era la

manera correcta de leer, pero a él le hacía feliz ir tomando de aquí y de allá. Sonrió con sarcasmo ante el poema, porque ponía el dedo en la llaga, desvelando el problema, pero el lector nunca salía tampoco indemne. Para compensar tanta profundidad, extendió la mano hacia la estantería dedicada a *interlineado.com* y escogió con los ojos cerrados un volumen cualquiera. Resultó ser «Voraz Desangre», y leyó todo el acto primero antes de darse cuenta de que ya casi era la hora de salir. Justo en ese momento recordó que le había prometido a Mónica revisar el último manuscrito que iba a publicar, y que dormía en su ordenador desde el lunes.

Bueno, otro día que se acostaría tarde.

Llegó a tiempo, o al menos justo cuando los dos últimos estudiantes entraban en la sala. Saludó a Mónica y a las tres personas que estaban con ella en otra sala, pues recibían un apoyo especial en español durante una hora antes de juntarse con el resto.

En realidad, había cuatro aulas en total para estas edades –el apoyo a cursos previos a tercero de la ESO llevaba otros itinerarios, otro voluntariado y otras aulas–. En la primera, apoyo específico al aprendizaje del idioma. La segunda era un aula donde quien lo estimara oportuno podía trabajar en grupo, o bien a su aire, de una manera autónoma. También existía una clase donde el voluntariado aportaba su conocimiento y su apoyo, en forma de técnicas de estudio, de búsqueda de información, o incluso, si era necesario, resolviendo

dudas concretas o explicando temas que necesitaban una comprensión más profunda; aunque se favorecía que fueran las propias personas asistentes quienes se ayudasen, sobre todo con los consabidos deberes, generalmente mal enfocados. Por último, a las siete se juntaban todos los grupos en la sala de cultura y durante media hora (que podía prolongarse en ocasiones) se trataba algún tema elegido previamente. La tarde terminaba con una hora de ocio, normalmente con juegos de los que se encargaban Simo, Diana, Chechu y Raúl.

Normalmente, Txema se encargaba de las asignaturas relacionadas con plástica e inglés, además de lengua cuando Irene faltaba y alguien estaba muy desesperado.

El ambiente aquella tarde se notaba movido. Seguramente porque el tiempo había cambiado, y se había pasado de la niebla al sol en poco menos de dos días, los ánimos estaban especialmente efervescentes, y la alegre muchachada se gritaba feliz.

Las voluntarias más veteranas sonreían con experiencia, y poco a poco las necesidades concretas fueron ocupando la atención. Se produjo un buen trasiego entre el aula de trabajo libre y el de apoyo, a medida que ciertas dudas se hacían más acuciantes y nadie sabía resolverlas o al menos explicarlas con suficiente claridad. Una de las tareas de Txema era precisamente que todo el mundo entendiese las diferencias de comportamiento que precisaban una y otra aula, y que a menudo eran pasadas por alto ante la urgencia.

-¡Pero es que necesito que me expliquen biolo-

gía! -se quejó por tercera vez Raquel cuando Txema le pidió que esperase a que Angus terminase con Hafi y pudiera atenderla-. ¡Que mañana tengo examen!

-Y supongo que no te lo han puesto hoy, así que podías haberlo preguntado antes; pero no te preocupes, que en cuanto termine te atiende. ¿Le has preguntado a Marius? Porque tuvo el examen de esto hace dos días y ya ha terminado su tarea. Si queréis, hasta que termine Angus, podéis intentar resolverlo juntos -propuso.

Aquella propuesta no pareció entusiasmar a la muchacha, que de todas formas se dirigió a la mesa donde estaba Marius, habló con él y se sentó a su lado. Al minuto, ya estaban enfrascados en la lectura y en preguntas sobre la misma. Se levantaron y fueron hacia la pizarra, donde se pusieron a hacer diagramas sobre las leyes de Mendel.

Diez minutos más tarde, Txema escuchó la exclamación de Raquel.

-¡Solo es eso!

-Te parecerá poco -respondió Marius en un tono más tranquilo.

-¡Pues muchas gracias! -La joven se despidió del otro y regresó a la sala de estudio libre.

Cuando pasó al lado de Txema, le lanzó una sonrisa irónica y le sacó la lengua.

-Si necesitas cualquier otra cosa, vuelve, que te ayudo otra vez -dijo el hombre en tono burlón.

-¡Qué jeta! -respondió la muchacha riendo.

Txema continuó con su propia tarea, que aquella tarde consistía en explicar las diferencias entre

el *past simple* y el *present perfect* del inglés a Bilal, un joven marroquí de origen amazig. Al parecer, el sistema educativo pretendía convertirlo en bilingüe, lo que en su caso supondría hacerle perder tres lenguas a cambio del inglés, pues ya conocía el árabe clásico, el francés, el amazig (su lengua materna) y el español. Llevaba cinco años en España y, después del primer año, no había perdido ningún curso.

Tampoco le costó demasiado esfuerzo comprender la gramática elemental de esas dos formas verbales, aunque era verdad que el problema era el léxico, pues había ido arrastrando la asignatura desde primero. Txema trataba de centrarse en quitarle el miedo y en que se diera cuenta de que podía resolver él solo los ejercicios una vez comprendió la teoría; le señaló algunos trucos, como centrarse en los adverbios y en las formas temporales que acompañaban a las oraciones (esto llevó más tiempo, pues tuvo que aprender a reconocerlos y a utilizarlos). Después de media hora, le dejó un libro de gramática de nivel intermedio, con el solucionario al final, y Bilal resolvió sin problemas casi todos los ejercicios. Después hablaron un poco, momento en que también se juntaron Fátima, Marlon y Regina, así que practicaron los cinco, riendo ante las inesperadas respuestas al equivalente inglés de «¿Has comido alguna vez carne de cocodrilo?» y preguntas de estructura similar.

Les dejó a ellos solos cuando Sofía se acercó a pedirle su opinión sobre unos dibujos que estaba haciendo para un cómic. Se notaba que se los había currado, por lo que estaba muy orgullosa, y Txema

le hizo varias preguntas pertinentes sobre un par de perspectivas y sombras. Sofía cayó en la cuenta de las imperfecciones, y se puso de inmediato a subsanarlas, las señaladas y otras parecidas que detectó a partir de la nueva mirada que había descubierto.

-¡Luego te los enseño! -gritó, y corrió de nuevo a su asiento.

-Sí, no te escapes sin que los vea. Enhorabuena por lo hecho hasta ahora.

El resto de la docena de adolescentes que estudiaban en aquella sala se encontraban enfrascados en materias que Txema no comprendía en absoluto en esos niveles, sobre todo de bachillerato; de vez en cuando daba un paseo para acercarse a un grupo que trabajaba integrales, o física cuántica o, lo que era peor, economía, y se sentía bastante tonto. Afortunadamente, estaban allí Angus, Dolo, Carmina o la misma Mónica, que se acababa de incorporar con la gente de español. Eran personas que un par de tardes a la semana se acercaban para poner sus conocimientos y su cariño a disposición de quienes lo necesitaran, y llevaban haciéndolo en algunos casos durante más de una década, y eso a pesar de que no siempre las tardes eran como aquella, en que todo parecía fluir. Más normal era el desánimo; las ganas de hacer cualquier otra cosa después de madrugar para pasar seis horas en clase; los cambios de humor ante situaciones vitales que no sabían como estructurar; los enfados y las malas contestaciones ante un «¿qué tal estás?», solo porque habían sido los únicos que habían pre-

guntado, y no deberían haber sido los únicos.

Pero también aquellas tardes sonreían, o mantenían una mirada amable, o reprendían con sinceridad ante actitudes que hacían daño, mostrándose vulnerables.

Txema aprendía mucho también aquellas otras tardes en que llegaba a casa destrozado porque sabía que su respuesta no había sido la más adecuada, porque se había perdido una clave y demasiado tarde se daba cuenta de que había fallado.

Se dedicaba a mil cosas a lo largo de la semana, pero ninguna le afectaba tanto como los largos ratos que pasaba con la adolescencia y la juventud -y no contaba entre ellos los compartidos con sus compañeras de piso, aunque Katy apenas tuviera veintidós y Mary veintisiete-. Recordaba su propia adolescencia en Lima, pero a los casi cuarenta años le pesaba más su primera juventud recién llegado a España, y a estas experiencias se aferraba a la hora de relacionarse.

Llegaron las siete, y Mónica fue reclutando a la gente de las tres salas para reunirse en la de Cultura. Hubo quien se mostró relucante, pues no había acabado los deberes, y solo en un par de casos bien justificados les concedió un cuarto de hora para terminarlos. Sofía se apresuró a enseñarle los dibujos a Txema, que los aprobó tras una revisión tranquila. Los fallos señalados habían sido solventados con bastante acierto, y podía decirse que eran notables.

-Muy bien, felicidades. ¿Cuándo lo tienes que entregar?

-Dentro de dos semanas -informó Sofía con desparpajo.

Txema reflexionó unos instantes.

-Vale, tráelos el martes si quieres y miramos unas cosillas, pequeños detalles que igual te pueden sorprender por lo sencillos que son y los efectos que tienen -propuso-. Esto está realmente muy bien.

Sofía sonrió y fue enseñando los dibujos al resto mientras se encaminaban a la sala de cultura.

Definitivamente, había días que merecían la pena.

9. APUESTAS

Malika vio cómo Simo entraba en el local con la máxima cautela. Eran las cinco y diez, por lo que ya habían empezado, y el joven no quiso interrumpir el calentamiento, se limitó a mirar el conocido entorno con aire distraído. Se trataba de un antiguo garaje acondicionado mínimamente para un pequeño grupo que quisiera entrenar artes marciales. En esta primera sala, la más amplia, de unos ocho por siete metros, la mujer se situaba frente a media docena de chicas, sobre un tatami bordeado por varios sacos que colgaban de unas pesadas estructuras ancladas al suelo. En la sala interior estaba la sala de musculación, con varios aparatos bastante antiguos, y más allá un baño minúsculo y una ducha a juego.

Simo tampoco pasó desapercibido para las demás, pero no perdieron la concentración. Solo cuando terminaron de calentar, Malika se dirigió a él.

-¿Quieres entrenar con nosotras?

Todas las chicas le conocían y le respetaban,

tenía casi tanta técnica como la propia Malika y no iba por ahí pavoneándose ni hablando bobadas. Colaboraba con lo que sabía y aceptaba que le corrigieran las posturas y los movimientos.

-Claro, si me lo permitís.

Le hicieron un hueco en un extremo del tatami.

No todas las asistentes tenían el mismo nivel, pues algunas llevaban ya varios años, y otras recién habían empezado, por lo que la primera parte era muy básica, algunas figuras de patadas, puños, avances y retrocesos, guardias. Más tarde se pondrían por parejas y harían un poco de lucha, cada quien según sus capacidades. Lo último que quería Malika era que se hicieran daño. Sus estudios de enfermería sin duda le podían servir, pero como educadora social no quedaba bien que la gente con la que trabajaba fuera exhibiendo moratones. Sobre todo porque se trataba de fomentar la autoestima; no tanto la autodefensa, que solía ser engañosa y escasamente útil a menos que se supiera muy bien lo que se hacía, lo que llevaba años de práctica.

Trabajaron una hora con intensidad, pues ya las había advertido de que a las seis tendría que marcharse, que tenía una reunión. Después de los combates por parejas, trabajaron un poco el saco a petición de Silvana, la veterana mujer brasileña que en breve tendría que regresar a Brasil por motivos personales. Simo se desfogó a gusto, según pudo observar. Las chicas recogieron sus bártulos y se marcharon juntas a la hora convenida.

-¡Hasta el lunes! -se despidieron. Ninguna se había mostrado convencida para acudir al teatro

aquella tarde.

Simo también se quitó los guantes.

-¿Un mal día? -Malika se acercó al saco que Simo había estado golpeando.

Este sonrió con cierta amargura.

-Depende para quién. Para algunas personas, sí. Malika asintió con la cabeza.

-Seguro.

Simo rio, aceptando la obviedad de sus propias palabras.

-Es un poco todo -divagó.

-Nada menos que todo, ya lo sabemos -concedió la mujer fingiendo seriedad.

Simo rio de nuevo, a la defensiva.

-Bueno, ¿qué tal vais con lo del Centro de Especialidades? ¡Porque ya son unos cuantos años, eh! A este paso se cae todo el edificio -cambió de tema.

Malika sonrió un poco, sin mucha ironía.

-Siempre dan largas, ya sabes. Y tú, ¿cómo vas con la asociación juvenil?

El joven se sintió acorralado ante la pregunta.

-¡Siempre olvido que no tengo que luchar contra ti! -exclamó entre risas.

-Siempre olvidas que no todas las luchas sirven para ser vencido -señaló ella a media sonrisa.

Simo se la quedó mirando unos segundos, pero no claudicó.

-Esa frase me la apunto, ¿vale? Y ahora me voy, que tienes prisa y yo también, que me tengo que duchar y a las siete tengo que ir a ocio.

Malika movió la cabeza imperceptiblemente.

-De acuerdo, el sábado nos vemos, no olvides el

saco de dormir, que allí hace frío. -Le dio un abrazo largo y afectuoso.

-Nos vemos, no lo olvido. Y muchas gracias.

Malika vio a Simo abandonar el local. Estaba preocupada. El joven se estaba empeñando en promocionar una asociación juvenil especialmente para chavales con origen marroquí, pero no estaba funcionando como él quería o imaginaba. Contaba con el apoyo de la gente de Asómate y también con el de una de las asociaciones vinculada a una de las mezquitas del barrio, pero sencillamente la juventud no estaba acudiendo en masa para cambiar sus hábitos de vida, como al parecer él había pensado que sucedería. Tendrían que hablarlo más tranquilamente y ayudarle a fijarse unos objetivos realistas.

De momento, decidió darse un agua rápida en el mismo local e ir a la reunión sin pasar por casa, que ya era suficientemente tarde. Después irían al teatro.

En la sala se notaba el cansancio. Llevaban mucho tiempo con aquello, un tira y afloja en el que habían puesto mucho esfuerzo, imaginación a raudales, tiempo y dinero, pero cuyo éxito se veía cada vez más lejano. El año anterior, con toda la historia de la pandemia coronavírica y la valoración que la gente había hecho de la sanidad pública, parecía que podía conseguirse algo, pero la campaña feroz de los intereses privados poniéndose medallas de salvadores de la situación, de colaboradores necesarios, de ángeles de bondad injustamente tratados,

que no competían, sino que colaboraban con lo público, asistiéndolo en sus horas más bajas, había hecho mella en parte de la población, que había comprado los argumentos de los partidos gobernantes en la Junta, por más absurdos que estos fueran.

Ni la recogida de más de seis mil firmas, ni la votación del vecindario a favor de la reapertura, más de ocho mil votos, ni las manifestaciones cada vez más numerosas, ni las concentraciones; ni, en otro orden de cosas, los informes periciales de expertos sanitarios que aconsejaban la redistribución de distritos y la apertura del centro, o las valoraciones positivas de importantes firmas de arquitectura asegurando la integridad estructural del edificio, nada de todo aquello había conseguido el más mínimo compromiso por parte de los políticos hacia la nueva puesta en funcionamiento del Centro de Especialidades Médicas de la calle Trabajo, la mayor reivindicación del vecindario de Las Delicias, que había conseguido unir a las dos asociaciones vecinales (una de centro y la otra de derechas) y a buena parte de sus votantes en una misma manifestación.

Las quince personas que ocupaban la sala del Centro Cívico cuando entró Malika se hallaban sumidas en una discusión, así que el recibimiento fue más bien frío.

En verdad, la mujer tampoco había esperado ninguna cálida acogida por parte de la mayoría, pues sus posturas políticas diferían bastante de las corrientes comunistas partidistas de algunas de las personas que dirigían aquel proceso, y eso se sabía, aunque nunca se hubiera puesto sobre la mesa de

manera explícita. En realidad, ella no había tirado tampoco demasiado del carro, una vez asumido que había otras personas que lo iban a hacer, sobre todo desde la Plataforma por la Defensa de la Sanidad Pública, que era gente muy seria y que curraba mucho. Ella simplemente se sumaba cuando podía, ponía algún cartel, se ofrecía para cosas puntuales y acudía a las reuniones y a las asambleas cuando el resto de sus ocupaciones medio se lo permitían.

Así que en aquel momento, más de media hora tarde como había llegado, no le quedaba muy claro el fondo de la discusión, y tampoco iba a ponerse a preguntar a nadie. Así que escuchó y minutos después pudo hacerse una idea bastante aproximada de las diversas posturas en que se polarizaba la discusión.

«Es el momento de hacer algo más fuerte, aunque sea impopular», señalaba el ala dura.

«Es el momento de hacer que la gente se comprometa definitivamente», defendían otros, como Lucía y Rous.

Las opiniones estaban más o menos empatadas, por lo que Malika pudo comprobar, y los argumentos en uno y otro sentido parecían enconados. Aquellas personas se conocían lo suficiente como para entender que por ese camino no llegarían a ningún lado, una vez manifestadas las diferentes posturas. A pesar de cierta agresividad verbal, fruto del cansancio, sabían que esta no era la primera vez, ni sería la última, en que se encontraban en una situación aparentemente sin salida, y que siempre se les había ocurrido alguna idea que

aunara de alguna manera lo que parecía innegociable en cada parte.

Malika, de momento, permaneció en silencio, mientras se desarrollaba el resto de la discusión.

-Llevan tomándonos el pelo durante mucho tiempo, incluso a pesar de que el Ayuntamiento votó a nuestro favor. No podemos seguir así o el edificio, que ya está descuidado, va a sufrir realmente daños estructurales... -argumentaba Lucía.

-Eso está claro y todos estamos de acuerdo -cortó un hombre de mediana edad al que Malika jamás conseguía ponerle nombre.

-Dejemos terminar a la compañera y no nos interrumpamos -intervino Blasa, que normalmente ejercía de moderadora, entre otras cosas porque era una de las más currantes y todo el mundo la respetaba por ello.

El hombre hizo un gesto con la mano que, solo prodigando generosidad, podía interpretarse como una disculpa.

Lucía asintió y continuó.

-Sí, estamos de acuerdo, por eso es el momento de que el vecindario dé un paso real en cuál es su verdadero compromiso; todo lo que hemos hecho hasta ahora está muy bien, han firmado, han votado, han salido a la calle... incluso han puesto algo de dinero para carteles y los han pegado. Muy bien. Ahora estamos preparados para una acción o un proceso, y vaya por delante que no se me ocurre cuál, que demuestre que el compromiso es definitivo, que están dispuestas y dispuestos a recuperar lo que es suyo.

El mismo hombre esperó solo un segundo para tomar la palabra.

-¿Puedo intervenir ya? Bien, si eso está claro, sería lo ideal, pero llevamos ya un año y medio entre diálogos y concentraciones, y aquí nadie mueve un dedo. A veces es necesario que algunos tomen la responsabilidad de hacer cosas extremas para que el resto se mueva un poco en la dirección apropiada -pontificó.

Una marea de voces se alzaron a la vez, hasta que Blasa consiguió tranquilizar los ánimos y ella misma se concedió la palabra.

-Aquí hay dos posturas, y ambas tienen en común que tratan de que la gente se implique. La primera, aunque reconoce que no sabe cómo, recoge la necesidad de que la acción o el proceso sea llevado a cabo por una mayoría de personas del vecindario; la segunda, por su parte, defiende que la masa tiene que ser arrastrada por medio de acciones extremas, de modo que se genere un espacio intermedio que se vea como razonable, rechazando el extremo pero aproximándose a él. ¿Me equivoco? -transcurrieron unos segundos hasta que comenzaron los asentimientos con la cabeza.

-Lo has explicado muy bien -sonrió Lucía.

-Bueno, muy bien... yo no he hablado de masa, ni de arrastrar a nadie -refutó el hombre sin mucha convicción.

Blasa se lo quedó mirando.

-Ya. No lo has dicho pero lo hemos entendido. Manifestarlo de esta forma ayuda a establecer en nuestro propio discurso eso que queremos para el

vecindario, porque ya tenemos una postura extrema y una más moderada, y tal vez en el medio hayamos generado ese nuevo espacio donde localizar nuestros próximos pasos -construyó.

Malika, que estaba viendo venir desde hacía un buen rato aquella salida, sin duda preparada de antemano, aunque dijeran que no, decidió intervenir en aquel momento.

-En Valladolid hay una tradición de okupación, tanto de espacios cerrados como abiertos, que podríamos aprovechar aquí. Si se hace bien, explicándolo al barrio, dejando claro que va a ser una okupación simbólica, puesto que en realidad queremos que se utilice de manera oficial -no creo que nadie aquí esté pensando en que sea un centro de especialidades autogestionado-, abierta a la participación de la ciudadanía, y sin daños materiales, que es lo que le falta al edificio, estoy segura de que daría la nota y saldría en prensa. Al personal se le puede pedir que colabore en una manifestación, o fingiendo que son las personas que hacen cola para las consultas...

-¡No necesitan fingir eso, es que lo son! -intervino Rous.

-No me parece mala idea, según lo has dicho, aunque habría que trabajarla -apoyó Lucía-. Me parece que no sería tan extremo como okupar, porque, al fin y al cabo, queremos ese espacio con el uso que tenía, pero sí resulta contundente.

-Bueno, resulta contundente, pero habrá que ver las consecuencias personales que eso podría tener a nivel legal, que ya sabemos cómo se las

traen -apuntó Blasa-. Me parece bien, aunque hay que hacerlo con las máximas garantías, hay que hablar con gente que controle del tema, y estaría guay implicar a personas relevantes, «personalidades», por decirlo así, que conecten con la gente y que ayuden a rebajar la tensión.

La aquiescencia fue general, con más o menos entusiasmo.

-Entonces, le damos una vuelta y volvemos a juntarnos la semana que viene, ¿os parece? Porque no podemos dejarlo mucho más tiempo.

-Mejor en dos semanas, cuando pase el 8M, que vamos a andar bastante liadas hasta entonces -contrapropuso Lucía.

De nuevo, todo el mundo de acuerdo.

-¡Pues vamos al teatro, que estará a punto de empezar!

-Bueno, a quien os dejen entrar -intervino el hombre, según él, en broma.

Malika ni siquiera miró para atrás, mientras algunas reían la gracia o entraban a un trapo ya más que mugriento.

10. EDUCACIÓN NO FORMAL

Mónica saludó a *El Rá* y a *Meta*, que ya estaban en la sala de cultura, y el resto hizo lo propio según fueron llegando. Aquella tarde eran cerca de una veintena de adolescentes en la sala, a los que habría que sumar la pareja que seguían estudiando. Simo llegó un poco después, con el cabello húmedo. Probablemente el grupo de jóvenes que se acercaba a la hora de ocio de los jueves no se vería aumentado, una o dos personas como mucho, ya que la mayoría de las mujeres habían avisado que irían a ver el teatro y que no contasen con ellas, *total, para media hora*, a pesar de la insistencia de Mónica, que también iría a ver la representación.

Txema llegó todavía más tarde, cuando ya toda la gente se encontraba formando un semicírculo en medio de la sala.

Dos de los chicos más mayores se situaban frente al resto, fingiendo con poca credibilidad ser una pareja heterosexual en plena discusión.

-¡Que me dejes ver el móvil! -gritaba uno de

ellos entre risas, intentando parecer serio mientras le arrebatava el móvil al otro.

El otro simuló de manera bastante patética ser una chica, exhalando una voz aguda y risas de vergüenza que el resto del grupo acompañó con jaleos y carcajadas estridentes.

Mónica tenía cara de circunstancias.

Meta cortó la actuación con una sonrisa.

-Vale, parece que nos resulta muy graciosa esta actuación, así que muchas gracias y podéis volver a vuestros sitios -comenzó-. La pregunta para el resto es, ¿también la situación os parece graciosa?

Hubo algún intento de burlas, un ¡sí! a des-tiempo, pero enseguida se impuso el silencio ante las actitudes de los tres jóvenes, situados en distintos puntos del semicírculo. Llevaban con aquellas sesiones más de tres años, y los temas se habían escogido dentro del grupo, por lo que les interesaban; por otro lado, conocían bastante bien a aquellos jóvenes como para saber que lo único que realmente les habían exigido siempre era respeto, y había funcionado.

Por ello, antes de cinco segundos ya se había iniciado el debate. Lo inició una indignada Fatu-matu, que dejó clara su postura desde el principio.

-El móvil es mío y a nadie le importa lo que hago con él -manifestó.

Un par de palabras la acompañaron con la misma firmeza, otras varias con más timidez, pero entre el resto regresó el silencio.

-Bueno, pero si hay confianza, si es tu pareja, está bien compartir, no nos pasemos -argumentó

Rebe, que en cualquier situación pretendía insinuar un equilibrio.

-Pues si hay confianza, no sé por qué me tiene que exigir nada -contraargumentó Fatumatu-. Que no se preocupe, que cuando quiera que vea algo de mi móvil ya se lo enseñaré yo. Pero que no venga con exigencias.

-Sí, pero las chicas también insisten en ver el móvil de sus novios, qué te crees -atacó Rebe.

Aquellas palabras fueron coreadas por una buena parte de los adolescentes, incluso por alguna de ellas.

En aquel momento entraron en la sala quienes se habían quedado estudiando, lo que distrajo la atención durante un buen rato, con aislados gritos de los más jóvenes, «tardonas», no bien recibidos por el resto.

Marius intervino una vez que las voces se fueron acallando.

-¡Pero lo que acabamos de ver no es solo insistencia, eh!-comenzó-. Que sí, que celos pueden existir de ambas partes, que sí, eso es así, y todos podemos hacerlo mal... que sí, pero ¿cuántas chicas le pueden quitar el móvil a su chico por la fuerza? Quiero decir, por la fuerza en serio, eh, que es lo que estos han hecho, aunque se estuvieran descojonando.

-Pues sí que hay -adujo Raquel, junto a Rebe.

Pero ahí la mayoría protestó.

-¡Claro que hay algunas, y que pegan a sus novios y que los tratan mal, pero si se ponen a pegarse en serio, a ver cuántas les pueden de ver-

dad! -adujo Concha, una muchacha de Guinea bastante fornida-. Lo mismo con esto, los chicos que le quieren quitar el móvil a sus chicas por la fuerza lo consiguen casi siempre, pero al revés no.

-Pero, es que además, no siempre necesitan quitártelo para que se lo enseñes, porque los hay muy babosos -terció Hafi-, que te empiezan a comer la cabeza con «es que no me quieres», «es que no confías», «otras chicas lo hacen»... ¡que me coman el coñ...! -exclamó finalmente, medio contenida, entre las risas del resto-. ¡Es que es verdad, joer! Es que ese tipo de argumentos les sirven a algunos para cualquier cosa.

-¡Sí, para intentar comerte el co...! -saltó Marlon, aunque Bilal le tapó la boca antes de terminar el exabrupto, lo que no impidió las risas generalizadas.

-¡Para eso y para otras cosas que ya aprenderás! -le devolvió Hafi.

Aquello agregó rojo al tinte blancuzco del jovencísimo Marlon, cuya respuesta se perdió en medio de las burlas generales, aunque la propia Hafi acudió en su ayuda con una sonrisa y un gesto de la mano apaciguador; estaba terminando bachillerato, y Marlon solo en tercero de la ESO, sin haber repetido ningún curso.

-¡Tía, te has pasado! -reprendió a destiempo Rebe en medio del tumulto.

Fatumatu recuperó la palabra cuando se fue calmando el ambiente.

-Es que es verdad, lo que han dicho -dijo-. No todos los chicos son unos machistas, ni todas las

chicas son buenas, pero es que normalmente ellos pueden hacer siempre lo que quieren -varios chicos protestaron, pero se impuso el respeto y continuó-; luego, cuando hacemos algo que nosotras queremos porque a ellos no les importa, ¡o cuando también quieren pero se lo callan!, ah, entonces se encargan de recordarnos que lo hacemos y nos dicen que no nos quejemos, que siempre se hace lo que nosotras queremos... ¡Pues sí, digáis lo que digáis, es así! -se anticipó a las críticas que crecían en las posturas de sus compañeros-. Y nosotras, como bobas, detrás y diciendo que pobrecitos.

Varios chicos intentaron hablar, pero Hafi se impuso.

-Y peor, porque cuando una chica hace realmente lo que quiere, la dicen que es una puta o cualquier cosa -proclamó.

La mayoría de las críticas se calmaron un poco en ese punto.

-Es que algunas chicas... -musitó Raquel.

-¡¿Qué!? Yo hago lo que quiero, ¿o no puedo? -increpó Concha-. Pero no me refiero necesariamente al sexo, eh, pero es que alguna gente te llama cualquier cosa solo porque no te pueden controlar, ¡así que se vayan a la mierda! Eso es machismo, que a un chico no se lo hacen, le dicen que es un líder -remarcó la última palabra.

-¡Fóllate al líder, líder, líder! -canturreó Marlon, lo que esta vez no pasó de provocar alguna sonrisa aislada en los demás, y en él un encogimiento corporal evidente.

-Pero es que hombres y mujeres somos diferen-

tes -defendió Bilal.

Hafi y Fatumatu saltaron de inmediato.

-Pero es que diferencia no quiere decir desigualdad, chaval -aseguró la primera.

-Que parece que la diferencia de las mujeres son siempre restas, que nos falta algo para llegar a la perfecta igualdad de los hombres, que es la igualdad mejor y más igual de todas las igualdades -se burló Fatu.

Para aquellos momentos, la expresión de Mónica había cambiado y sonreía con la mirada mientras intentaba que aquella satisfacción no trascendiera a sus labios.

-No sé qué dices, tía -respondió Bilal.

-Que siempre estamos en segundo plano, *joer*, y para llegar a lo más alto se nos pide mucho más.

Raquel intervino con un nuevo tema.

-Ya, pero es injusto que a las mujeres se las contrate solo por ser mujeres, para llegar a la paridad, porque somos todos iguales, ¿o para eso no?

Hafi suspiró.

-Pero, ¿tú crees que hombres y mujeres somos iguales?

-Sí -respondió Raquel con convicción.

-¿Y qué podemos alcanzar de manera natural las mismas posiciones en los trabajos, solo por nuestra valía?

-Claro.

-Y entonces, ¿por qué en la mayoría de los puestos más altos, tanto en empresas como en otros sitios como los juzgados más altos o sitios así, hay una mujer por cada cinco o incluso diez hom-

bres? Según lo que dices, ¿entonces las mujeres son cinco o diez veces más tontas cuando hablamos de los puestos más altos?

Raquel dudó y no supo que contestar.

-Bueno, no tiene que ver con ser tonta, puede por otros motivos, la familia...

La mirada que Hafi le lanzó bastó para no continuar.

-A lo mejor es que no les interesa -intervino Marius-. Habría que ver también qué significa eso de *puestos más altos de las empresas* y qué papel juegan en el sistema económico internacional.

Aquella intervención terminó de quitar las ganas de discutir de la mayoría, que pensaron que se habían alejado demasiado del tema.

El Rá miró a Simo y a *Meta* y decidieron que efectivamente la tarde había sido intensa y productiva y que mejor no forzar la situación, que ya se había focalizado en pocas personas.

Después de aquella primera media hora, seguirían la tarde con unos juegos en los que el espacio pudiera ser utilizado de manera igualitaria, mientras ellos sacarían de vez en cuando el tema, de manera aún más informal, entre aquellas personas que no habían participado.

Pero, sobre todo, cuidarían de que en los juegos cada quien tuviera su espacio, sin imposiciones, y que las actividades fuesen consensuadas.

Llevaban muchos años allí, también ellos habían asistido al apoyo en su día, a las tardes de ocio, a los campamentos, a los talleres, a las excursiones, habían aprendido a tocar instrumentos,

conocido amigos, amores. Incluso se habían sacado titulaciones profesionales de tiempo libre, solo para poder formarse mejor y colaborar de manera voluntaria ahora que eran mayores.

Mónica se despidió de ellos, felicitándoles, y se marchó corriendo al Centro Cívico.

Txema se quedó un rato más, jugando y viendo jugar, hasta las ocho. Luego se acercó a la clase donde Alex daba clases de educación de adultos a hombres gitanos. Él mismo colaboraba de vez en cuando, sobre todo cuando Alex le pedía dibujos para ejemplificar una explicación. Txema solía flipar con todo el partido que el viejo profesor sacaba a sus dibujos, la cantidad de actividades que salían de ellos y las aportaciones que los hombres eran capaces de producir a partir de una ilustración, y de las preguntas que desencadenaban muchas más.

Salió a las ocho y cuarto y fue a Azacán, se le había olvidado la reunión de voluntariado, y luego a casa, deseando que la actuación hubiese sido un éxito y dispuesto a felicitar a sus compañeras de piso por él.

Y a corregir el texto para la editorial de Mónica.

11. ÉXITOS Y FRACASOS

Buscó diferentes claves que le permitieran descubrir dónde se encontraba. La posición de la ventana, la disposición de los muebles, la textura de las sábanas, y al fin se estiró con una sonrisa en los labios.

Rous.

Pat llevaba muchos meses sin pasar por Valladolid, vagabundeando por diferentes territorios, atesorando experiencias que luego vertía en sus poemas y fotografías a través de sus redes sociales. Pero de vez en cuando necesitaba un ancla. Disponía de varias, más o menos emotivas, en diferentes ciudades del mundo, y Rous era quizá la más querida en Europa.

El último viaje había sido duro, más que otros previos. Los tan cacareados derechos *elegetebeiplus* no pasaban de los *elegés*, en el mejor de los casos, mientras les *tebeiplus* se veían sometidos a una continua sospecha y a ataques casi cotidianos. Se había librado por un pelo de varias agresiones físicas, y aunque las verbales pretendía que no le

afectaban, poco a poco iban configurando respuestas defensivas que lastraban su confianza. *Que se jodan*, lastrar no significaba desvanecer.

Rous le había dejado una nota advirtiéndole de que había salido y que llegaría sobre las diez, en el mejor de los casos, aunque si se despertaba a tiempo y le apetecía, a las ocho sería el teatro. No le apetecía. Se preparó algo de merendar y volvió a la cama, donde de nuevo el sueño le acogió entre alucinaciones y pesadillas.

Luego hizo lo que tenía que hacer.

Se caía de sueño, después de todo el día danzando por ahí. Después del apoyo y el ocio con el grupo de adolescentes había pasado por Azacán, donde tenía una reunión de voluntariado a la que llegó tarde. Se decidió intentar dar un poco de aire a los libros, comprometiéndose a mandar unos palés ese mismo año a alguna biblioteca, y a dar también prioridad a la difusión en el barrio de información acerca de los problemas medioambientales tan ligados a la transmisión de la pobreza, especialmente los relacionados con el mundo textil y con la producción agroalimentaria.

Una vez en casa, y para no retrasarlo más, se puso a corregir el libro para la editorial de Mónica, tardó más de cuatro horas, afortunadamente era de los raros textos fáciles en que apenas algunas tildes y algunas comas estaban fuera de lugar. Terminó justo a tiempo, porque Mary y Katy llegaron exultantes y con ganas de contarle todo lo sucedido

antes, durante y después de la actuación.

-¡No funcionaba el ordenador! ¿Te lo puedes creer? ¡Tuvimos que utilizar el portátil de Katy! ¡Por el amor de Dios -exclamó Mary, feliz ahora que todo había pasado.

-¡Y funcionó, y eso que la mitad de las veces ni siquiera se *ensiede*! -corroboró la otra, riendo mientras volvía de la cocina con un bocadillo de crema de cacao.

Se la quedaron mirando con estupefacción, pero se ahorraron los comentarios.

-Después todo marchó sobre ruedas, ¡nos salió genial! -se felicitó Mary.

-¡Siiiiiiii! Todas aplaudiendo, ¡qué pasada! Y un montón de gente hablando después, ha sido un coloquio *alusinante*, vamos a repetir.

-¿Y las artistas? ¿Han quedado contentas? -intervino Txema.

-¡Buá, y tanto! ¡No se querían ir, han tenido que echarnos del centro cívico, ja, ja! -se exaltó Mary-. Los dos grupos hemos trabajado muy bien, todas juntas, estamos deseando repetirlo.

-Seguro que volvéis a triunfar, ¡vais a tener que hacer una gira! -se animó el hombre.

-¡Ya nos han dicho que actuemos en el *sentro* de personas mayores! -contribuyó Katy al subidón general.

-Mis felicitaciones. Estáis haciendo un gran trabajo -añadió Txema.

Día terminado, al fin.

Mónica y Malika llegaron muy tarde a casa, al menos según sus estándares, que no solían sobrepasar las once de la noche, pero mereció la pena. Se habían formado diversos grupos después de la representación, y ellas habían estado con Mary, Katy y un par de las adolescentes del grupo juvenil de teatro, así como de las integrantes del de educación de adultos. Hacía tiempo que se habían agotado los sándwiches cuando decidieron que ya habían tomado todo el zumo que les cabía en el cuerpo a esas horas de la noche.

-¡Enhorabuena y a por el siguiente éxito! -se despidieron las mujeres, fundiéndose en un gran abrazo común.

Subieron la cuesta del parque de Canterac dando un paseo tranquilo y pensando de manera optimista que casi todo valía la pena.

-Un día más... más feliz, más divertido, más intenso, más sociable, ¡más feminista! -gritó Malika, riendo.

Mónica estuvo de acuerdo.

Rous corrió a encontrarse con su madre en el bar donde esta se encontraba con sus amigas. La función había sido entrañable, y el coloquio posterior, sencillamente maravilloso. Las más de cuatrocientas plazas del teatro del Centro Cívico Delicias se habían llenado con mujeres de distintas generaciones, y los intercambios de experiencias vitales se quedaron cortos para tantas ganas, así que se comprometieron a repetir en cuanto fuera posible.

Pensaba que su madre y sus amigas lo hubieran disfrutado, y cuando llegó al bar situado casi al principio de Embajadores, cerca de la tienda de bicis, las encontró riendo alrededor de una mesa, cada una con una taza de café o un refresco, que constituían desde hacía años su consumo cotidiano en el bar. El camarera la saludó efusivamente.

-¡Ya echaba de menos a tu madre, me las ha revolucionado! -dijo riendo.

Manuela fingió escandalizarse.

-¿Yo revolucionaria? ¡Eso mi hija, que seguro que viene de algún sitio raro! -se defendió, y su voz delataba el orgullo por aquella a la que invitaba a exponer sus actividades.

Así que Rous se vio obligada a contar de dónde venía, y de paso aprovechó para invitarlas a acudir a la próxima representación, que sería poco después del 8M.

No tuvo tiempo para más. Recibió una llamada urgente de Toño, el presidente de la asociación de fútbol juvenil de Santo Toribio. Uno de los chavales estaba a punto de ser expulsado del piso por el dueño, que acababa de venderlo y no le había avisado; una familia de cuatro miembros, dos de ellos recién nacidos, iban a quedar en la calle.

-Te vas a más líos, ¿eh? -se despidió su madre antes de darle un abrazo.

-Y chungos, a ver qué pasa.

Le hubiera gustado ir a su casa a ver cómo seguía Pat, que no había acudido al teatro, o reunirse con las chicas para celebrar el éxito de la obra, seguro que estaban tomando algo.

En vez de esto, se apresuró a la zona Aramburu para enterarse de los detalles. Las aceras y las fachadas estaban arregladas, pero muchos de los hogares seguían presentando un estado lamentable, una vez en su interior.

Toño le hizo un resumen rápido de la situación. En el contrato oral que tenía el anterior propietario con los inquilinos habían quedado en renovar el alquiler año a año, pero tenían que abandonar el piso si este era vendido, aunque no daba ningún plazo. El nuevo dueño planteaba que quería el piso para arreglarlo y entrar a vivir.

-Habrá que hablar con el nuevo dueño, a ver si conseguimos que respete que se cumpla el plazo del año antes de echarlos, solo quedan tres meses, ¿no? -intentó cerciorarse.

-¡En junio tenemos que renovar! -se quejó Julio-. ¡Alma! ¿Es que no tienen corazón?, que no por mí ni por mi mujer, que vivimos en el parque si es necesario, pero ¿los bebés? ¡Que me den unos meses para buscar otra casa, no que me dice que me tengo que ir la semana que viene! ¿Dónde vamos?

-Mañana hablaremos también con el CEAS correspondiente, estos bebés no pueden estar en la calle, hay que conseguirles una alternativa habitacional de inmediato -Rous no estaba muy convencida, porque las trabajadoras sociales estaban saturadas y el servicio de vivienda social del municipio tenía una lista de espera bastante larga; tendrían que ponerse en contacto también con la Oficina Popular de Vivienda, a ver si podían hacer algún

tipo de presión social para que las instituciones oficiales se pusieran las pilas. En todo caso, este no era su ámbito de experiencia, así que de momento se limitó a calmar los ánimos y a intentar que el nuevo dueño entendiera que estas personas tenían derechos adquiridos que había que respetar.

Calmar los ánimos era más fácil de decir que de hacer, estuvieron hasta más de medianoche en la casa. Al día siguiente se pondrían manos a la obra.

Luego por fin regresó a casa.

«Gracias por todo, espero que pronto pueda regresar.

¡Mil abrazos! Te quiero.

Pat.»

Eso decía la nota que encontró sobre la mesa del salón.

Bueno, esta vez había sido rápido.

